

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 22 de Mayo de 1892.

Año LI.—Núm. 19.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castellido. — Explicación de los grabados. — Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre. — Cua de Redención (continuación), por la Condesa de Campobiano. — Piedras preciosas, por Emilia 888. — El héroe de la pantomima, por Inocencio. — A la no llueve! por S. J. — El amuleto, por D. Lucas Díez. — Perfume, poesía, por D. Fabriciano González. — En el abrigo de mi madre, poesía, por D. José Jackson Veyan. — Correspondencia particular, por D. Adela E. — Explicación de los figurines iluminados. — Sueltos. — Anuncios.

GRABADOS.—1. Sombrero Rinalda. — 2. Chollo-guasa de púrpura para señoras. — 3 a 6. Dos tapetes pequeños. — 7 a 9. Colchón para coche de niños. — 10. Cuna. — 11. Enagua de raso puerca de terciopelo. — 12. Delantal de sarah y terciopelo para señoras. — 13. Camisón de batista para chaqueta abierta. — 14 y 15. Cama portátil y cámara. — 16 a 19. Camisa para niños de 1 a 3 años, pantalón-pañal, babero y camisa para recién nacido. — 20 y 21. Enagua larga de peral. — 22 y 23. Babero y enagua larga de franela. — 24. Delantal para servir el té. — 25 y 26. Vestido de fular con pliegue Watteau. — 27 a 42. Lencería para niñas y niños. — 43 y 44. Vestido de bengalina y sarah. — 45 y 46. Corpiño de crepón de la China ó fular. — 47 y 48. Vestido con chaqueta y camiseta. — 49. Vestido de familia de cuadros. — 50. Vestido á estilo de Enrique II. — 51. Pantalón de batista. — 52 y 53. Dos sombreritos para bebés. — 54. Peto de muselina de seda. — 55. Peto de sarah y enagua. — 56 y 57. Manteo Maron.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

¿En qué estación vivimos?—Trastornos causados en la moda por las mudanzas de tiempo. — Confeciones de primavera. — La chaqueta Luis XV. — Potos y camisetas. — Sombrillas y *étouffées*. — Los sombreros de la estación. — Dos modelos originales. — Las nuevas formas de vestidos y los corsés. — Dialogo edificante. — Cortena mal entendida. — La penitencia de un avaro.

Las mudanzas enormes de temperatura que estamos pasando causan un verdadero trastorno en nuestro guardarropa, no menos que en la disposición de nuestras habitaciones.

Cuando creíamos terminado el invierno y veíamos comenzar, no ya la primavera, sino un verano maravilloso; cuando habíamos encerrado cuidadosamente los pesados vestidos de paño ó de vigoña, los abrigos espesos y algodonados, confiando las pieles al manruitero, y habíamos sacado á luz los alegres y

ligeros vestidos claros, que luciamos ya sin el correctivo prudente de la chaqueta; de repente, como una decoración de teatro, todo cambia de aspecto, y Enero, con su soplo helado, parece que vuelve á reinar sobre esta tierra tan cambiante y tornadiza en sus estaciones como en sus gustos y costumbres.

Esto no obstante, como la coquetaría no pierde jamás sus derechos, nos ha inspirado una multitud de novelales que nos consuelan hasta cierto punto de este contratiempo.

Tenemos una infinidad de nuevas confecciones de primavera—casi podría decir de invierno mitigado—á cual más agradables.

En primer lugar, las chaquetas de todas dimensiones y de todos géneros, largas y cortas, la chaqueta á mozo de café, *nitship*, la misma de siempre, á pesar de los diferentes nombres con que se la bautiza.

Se hace esta chaqueta sin más costuras que las de los hombros, envolviendo bien el pecho, merced á las pinzas que la ciñen y perfectamente ajustada en la espalda. Por lo general es de la misma tela del vestido, descendiendo hasta la cintura y forma una puntita en cada delantero. Algunas veces va abierta de arriba abajo sobre una camisa de hombre, con corbata igualmente de hombre y un cinturón de piel. Pero no aconsejaré este género, que no me parece nada gracioso. Vale mucho más llevar, como interior y fondo de estas chaquetas, uno de esos lindos petos de crepón ó de muselina de seda, modelos como los que van en este mismo número (dibujos 54 y 55). Estos modelos varían hasta lo infinito.

Otras veces, esta chaquetilla sólo llega, como la chaqueta *Pigaro*, hasta algunos centímetros de la cintura, dejando ver en la espalda un pliegue Watteau que se pierde en la falda. De todos modos, es una prenda bonita y cómoda y tendrá gran éxito este verano.

Hay que añadir á los modelos que acabo de indicar las chaquetas *Luis XV*, con esclavina corta y pliegue Watteau, que son sumamente elegantes.

He aquí un modelo (croquis núm. 1) de pañete gris *Mosquetero*. Los delanteros forman un pliegue doble como la espalda,



Copyright, 1892, by Harper and Brothers.

I.—Sombrero Rinalda.

y los lados van ajustados. Una cintura de bordado pasa bajo los pliegues y sujeta la prenda en la cintura. Manga muy ancha, sujeta por encima del codo y guarnecida de un volante largo de guipur morena. Esclavina de guipur, sujeta con unas hombreras de paño, cortadas al sesgo y fruncidas. Confesará que prefiere mil veces estas chaquetas de porte airoso y distinguido á esos horribles paletos sacos, que no son verdaderamente cómodos sino en viaje ó en excursiones.

Las sombrillas han hecho su aparición y parecen muy variadas. Son elegantes, y los puños sobre todo sumamente ricos; los pomos de oro ó de porcelana de Sajonia dominan. Se ven además, con los *en-tout-cas* de color, esos mangos rústicos adornados con flores ó frutas, que armonizan muy bien con los trajes primaverales.

Una señora bellísima, amiga nuestra, muy elegante y de un gusto superior, llevaba días pasados un vestido de terciopelo de verano, fondo rojo con filetes azules. Falda enteramente redonda, con un *nababout* negro en el borde inferior. Cuerpo ligeramente bullonado, con volante de guipur negro, formando chaqueta figaro por detrás y berta por delante. Una cinta de moure negro rodeaba la cintura y caía en largos picos por detrás.



Núm. 1.

A este vestido acompañaba un sombrero de paja encarnada, con fondo artesiano de paja negra, cubierto casi enteramente de plumas negras. Y en la mano un *en-tout-cas* rojo, con mango rústico guarnecido de grosellas.

Respecto á los mangos ornados por hortalizas, creo que están totalmente olvidados, y es justo, porque eran bastante pocos, sin la menor elegancia, y era difícil decidir á una señora de buen gusto á que llevase en su sombrilla un mango de rábanos ó de zanahorias.

Pero aparte ciertos refinamientos que no están al alcance de todo el mundo, tenemos la sombrilla correcta, de bastón recto, guarnecido de un pomo de oro ó de una baratija de Sajonia. Como telas para estas sombrillas, se ven muéltas muselinas de seda bordadas, plegadas, fruncidas, y muchos tafetanes lisos ó sombreados de todos colores.

Los sombreros de la estación son de una originalidad inimaginable, y hay tantas formas que no se sabe cuál elegir.

Para salir por las mañanas y para pasarse á pie ó en carruaje, lo que más se lleva es la *toque* muy pequeña, de paja marrón ó de otro color cualquiera, que igne ó no con el vestido. Nuestro modelo (*crayón* núm. 2) es de paja negra, con plumas en forma de orejas de asno, también negras. La cinta que sujeta las plumas y las fija al sombrero es de terciopelo color vertena.

El otro modelo (*crayón* núm. 3) es una capotita de azabache, con adornos que figuran una especie de lazo hecho de *cabochones* de azabache y de antenas compuestas de dos hebras de azabache. En el lado izquierdo va un lazo de cinta tornasolada color de rosa y amarillo, y bridas de la misma cinta.

Volvemos á los vestidos de forma Princesa, con las faldas planas que llevamos tiempo ha, cuyo corte alarga el talle y lo hace más esbelto. El moda se impone, no sólo al corte de nuestros vestidos, sino á la forma, al porte de nuestra persona, y por consecuencia al corsé, que es, por decirlo así, su regulador.

El arte del bien vestir, que no es tan fácil y sencillo como algunas creen, debe, pues, mucho á Mme. Léoty, que nos ha dotado de esos corsés ligeros y de una elegancia particular. El talle, moldeado en esos corsés admirables, desciende majestuosamente y esbelto hasta los pliegues múltiples de la falda.

Para quien no ha usado los corsés de Mme. Léoty, 8, *place de la Madeleine*, es imposible comprender cuánto distan de los demás corsés conocidos hasta ahora.

Diálogo entre el médico y el enfermo:

EL ENFERMO (*ansioso*).—Así, doctor, ¿no abriga usted ninguna inquietud?

EL MÉDICO (*con familiaridad*).—No, hombre, no. Si así no fuera, le haría pagar al contado.

En un pasaje un día de lluvia:

Un caballero se acerca á una joven, y ofreciéndole el brazo la dice:



Núm. 3.

impongo. Van ustedes á juzgar. Como sé que no tengo ni un centimo encima, no puedo ver á un pobre sin ochar la mano al bolsillo.

V. DE CASTELFIDO.

Paris, 17 de Mayo de 1882.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero Rinalda.—Núm. 1.

Este sombrero es de erin negra con ala de guipur blanca, levantada por medio de rosas que van puestas por debajo. Lazo grande de cinta color de camarón por encima, con un torzal de plumas negras á todo el rodeador. Unas plumas negras compactas los adornos de este elegante sombrero.

Cuello-canesú de guipur para señoras.—Núm. 2.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XXI, figura 82 de la *Hoja-Suplemento*.

Dos tapetes pequeños.—Núms. 3 á 6.

La fig. 43 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á uno de estos tapetes.

Los dos tapetes van guarnecidos de un encaje de 5 centímetros de ancho, y se les hace de cañanazo fino color crema. Se les adorna con un dobladillo calado, que tiene 2 centímetros de ancho, y con bordados que se ejecutan al pasado con sedas de diferentes colores. Se sacan, por encima del dobladillo, 4 hebras de la tela, y se reúnen cada 4 de las hebras restantes con una puntada.

Núms. 3 y 6. Este tapete tiene 33 centímetros en cuadro. El fondo va dividido, por medio de una cenefa hecha con seda blanca, en cuatro cuadros, adornados cada uno con una rama que se ejecuta al punto llano con seda color de lila, color de fresa, oro antiguo y aceituna. La fig. 43 representa el dibujo de esta rama. Las hileras al sesgo de la cenefa (dibujo 6) se continúan en torno de los cuadros.

Núms. 4 y 5. Este tapete tiene 32 centímetros en cuadro, y va adornado con un bordado compuesto de unas conchitas y unos ramitos de flores. Se rodean estos bordados de una hilera al punto llano con seda marrón, sobre 5 hebras de altura. Las flores se hacen con seda azul verdoso y color fresa de dos matices, con arreglo al dibujo 5. Las conchitas se bordan al pasado con seda marrón.

Cobertor para coche de niños.—Núms. 7 á 9.

Este cobertor, que tiene 88 centímetros de largo por 66 de ancho, va hecho de un tejido de Java de lana blanca y adornado con cenefas bordadas y dibujos ejecutados con arreglo á los dibujos 8 y 9, con algodón color masilla y aceituna y seda azul y color de rosa de dos matices. La labor va hecha al punto de cruz y punto de Renacimiento. Se pone sobre el fondo, al sesgo, entre los bordados, una tira de seda gruesa azul pálido, de 15 centímetros de alto, cuyo nacimiento va cubierto con un encaje al crochet, hecho con lana azul café y blanca. Un encaje más ancho guarnece los bordes transversales.

Cuna.—Núm. 10.

Esta cuna, guarnecida interiormente de seda azul lisa, va adornada en el borde con un rizado de cinta de seda y un encaje blanco. Va suspendida sobre una armazón de bambú, terminada en unas bolas de níquel. La ligereza del armazón permite transportar fácilmente la cuna de un lado á otro. Se fija en el alto de la cuna una cortina de tela gruesa, fruncida y guarnecida de un fleco estrecho, y á la cual se añade una cortina blanca, adornada con una cenefa bordada. Esta última cortina va fruncida y adornada con un lazo de cinta de seda, que tiene 3 centímetros de ancho. Se ponen unos lazos iguales en la cuna.

Enagua de raso guarnecida de encaje.—Núm. 11.

Las figs. I á III del *reverso* de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponden á esta enagua.

Se corta un pedazo de raso negro, entero, por cada una de las figs. I y III, y dos pedazos por la fig. II; se les reúne, se guarnece el borde inferior de la enagua con dos volantes dentados de tafetán, y se fijan igualmente dos volantes de faya, uno de ellos de 8 centímetros de alto y el otro de 20 centímetros. Se corta un pedazo de tela de encaje (*lisse*), de 30 centímetros de alto; se fijan unas cintas de raso, que se cruzan, y se guarnecen su borde inferior con encaje fruncido de 16 centímetros de alto, cuyo borde superior va cubierto de un rizado también de encaje. Después de haber cosido el encaje sobre la enagua, se hace una jareta por detrás y se ejecutan los pliegues y la abertura. Se pespuntea una tira de tela en el borde superior de la enagua por delante. Se frunce

—Señorita, veo que no tiene usted paraguas; ¿me permite usted que le ofrezca el mío?

La joven toma el paraguas, deja al caballero y desaparece.

Tableau.

El Barón de la Rofia tiene buen cuidado de salir siempre sin dinero, lo cual es la mejor manera de no perderlo ni gastarlo.

Como le echaban en cara este sistema de estar siempre sin un cuarto, replicó con aire convencido:

—La verdad es que desconfío de mí propio, y mi aparente avaricia es en realidad una penitencia que me impongo.

Como sé que no tengo ni un centimo encima, no puedo ver á un pobre sin ochar la mano al bolsillo.

V. DE CASTELFIDO.

Paris, 17 de Mayo de 1882.

el borde de detrás, desde la abertura hasta la estrella, y se le guarnece de un cinturón doble, de 8 centímetros de ancho, pespunteado en el borde superior para formar una jareta, por la cual se pasan unas cintas.

Delantal de surah y terciopelo para señoras.

Núm. 12.

Se hace este delantal de *surah* color de rosa y terciopelo negro. Un cuello y una albeta de terciopelo sujetan el babero, el cual va adornado, así como el borde y los lados del delantal, con cintas de terciopelo negro.

Camisolín de batista para chaqueta abierta.—Núm. 13.

Canesú de bordado ruso. Delantero ajaretado y montado con cabeza.

Cama portátil y chambre.—Núms. 14 y 15.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 28 á 34 de la *Hoja-Suplemento*.

Camisa para niños de 1 á 3 años, pantalón pañal, babero y camisa para recién nacidos.—Núms. 16 á 19.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIX, fig. 80, núm. XX, fig. 81 y núm. XVIII, figs. 78 y 79 de la *Hoja-Suplemento*.

Enagua larga de percal.—Núms. 20 y 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XVII, figuras 75 á 77 de la *Hoja-Suplemento*.

Babero y enagua larga de franela.—Núms. 22 y 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, fig. 41, y núm. X, fig. 42 de la *Hoja-Suplemento*.

Delantal para servir el té.—Núm. 24.

Este delantal, de lienzo crudo, va adornado con puntos de coral hechos con seda azul. El peto, plegado, va rodeado de unas tiras que forman tirantes. Los bolsillos tienen la figura de escarcelas y van adornados con lazos.

Vestido de fular con pliegue Watteau.—Núms. 25 y 26.

Se hace este vestido de fular verde con listas y ramos. La falda de debajo, que es de seda ligera verde, va guarnecida de un volante plegado de la misma seda, de 6 centímetros de ancho por el revés, en cuyo volante se cose otro volante dentado de la misma tela. La falda de encima, que es de fular, va guarnecida en el borde inferior de una cinta de raso verde de 6 centímetros de ancho, cada uno de cuyos lados va cubierto de un rizado de encaje dentado de seda igual. La falda lleva un pliegue Watteau, que va abrochado al cuerpo con corchetes. Se cortan los delanteros, lados y espalda del cuerpo de seda verde, y se cubre la espalda de fular plegado en la cintura. Se fija sobre los delanteros la tela de encima plegada, se les adorna con encaje crema de 17 centímetros de ancho, y se cose sobre la mitad de la derecha del cuerpo, cubierto de crespón de seda verde. Cuello en pie y mangas de seda. El cuello va cubierto de unas tiras plegadas de crespón y guarnecido de un lazo por detrás. La manga va terminada en un puño de crespón de seda que se cubre de encaje crema. El resto de la manga es de fular fruncido. Se cose en el borde inferior del cuerpo una cinta de raso verde, y se la adorna con una cinta igne ribeteada de rizados y cerrada en medio de detrás bajo un lazo de largas caídas.

Lencería para niñas y niños.—Núms. 27 á 42.

Para las explicaciones y patrones, véanse el *anverso* y *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de bengalina y surah.—Núms. 43 y 44.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 13 de la *Hoja-Suplemento*.

Corpiño de crespón de la China ó fular.—Núms. 45 y 46.

Los delanteros de este corpiño van cubiertos en forma de canesú con crespón de la China, dispuesto en plieguecitos. Se les guarnece en el borde inferior con un volante plegado, de 13 centímetros de alto; el resto va cubierto de plano con tela de encaje forrada de crespón de la China. Se unen á los delanteros los lados lisos y la espalda plegada. Cuello recto, cubierto con crespón de la China plegado. Mangas de crespón de la China bullonado, guarnecidas de puños altos de encaje.

Vestido con chaqueta y camiseta.—Núms. 47 y 49.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIII, figs. 53 á 61 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lanilla de cuadros.—Núm. 48.

La falda, de lanilla, va cerrada en el costado, bajo una tapa de terciopelo. Se la recoge ligeramente y se la guarnece en el borde inferior con una cinta de terciopelo. Mangas de terciopelo, sobre las cuales se ponen otras mangas cortas rusas de lanilla de cuadros. Cuello recto de terciopelo.

Vestido á estilo de Enrique II.—Núm. 50.

Este vestido se hace de lanilla adornada con listas y seda lisa bordada. Se le guarnece con golpes de pasamanería. El vestido, de forma Princesa, va cubierto de un canesú de seda bordada con cuello Médicis. Las mangas, de seda lisa, van guarnecidas de volantes dispuestos en pliegues huecos y de cenefas bordadas.

Pantalón de batista.—Núm. 51.

Este pantalón va adornado con encaje y entredoses de Valenciennes y un lazo de cinta.

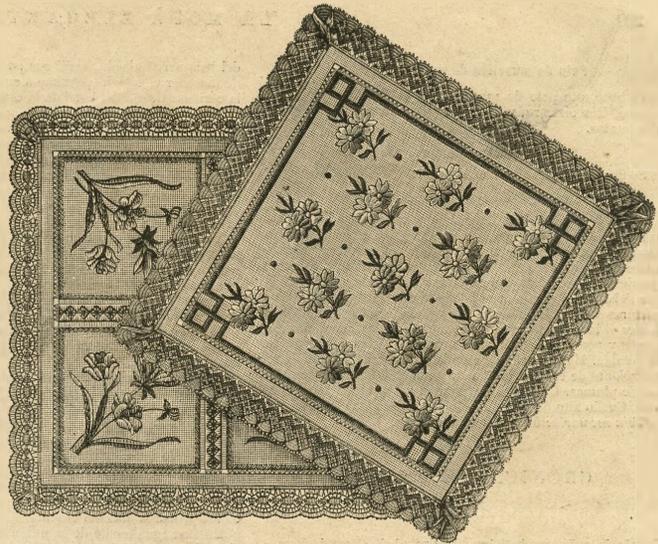
Dos sombreritos para bebés.—Núms. 52 y 53.

Núm. 52. Es de seda otomana blanca. Ala ajaretada. Lazo y bridas de cinta brochada.

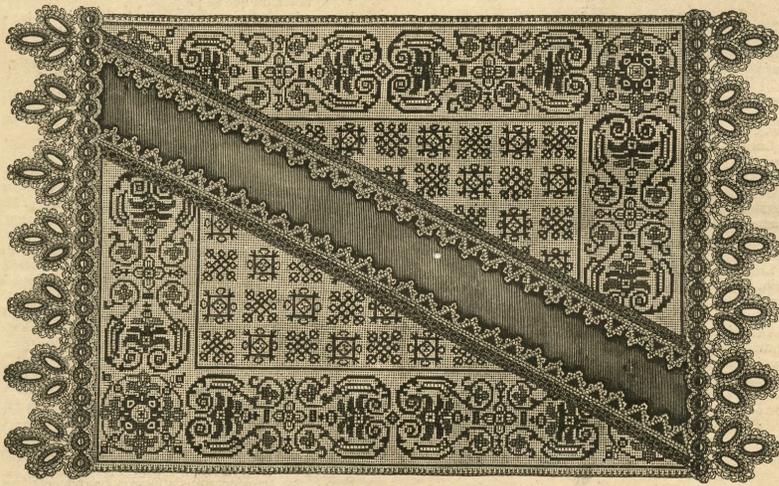
Núm. 53. Este sombrero es de piqué fino, y va guarnecido de entredoses y bordado. Rosacea de cinta cometa.



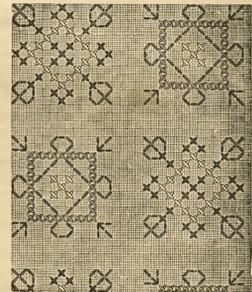
2.—Cuello-canesú de guipur para señoritas.
Explic. y pat., núm. XXI, fig. 62 de la Hoja-Suplemento.



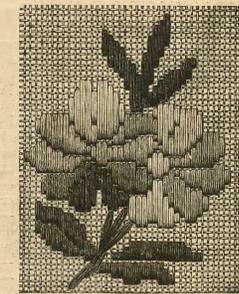
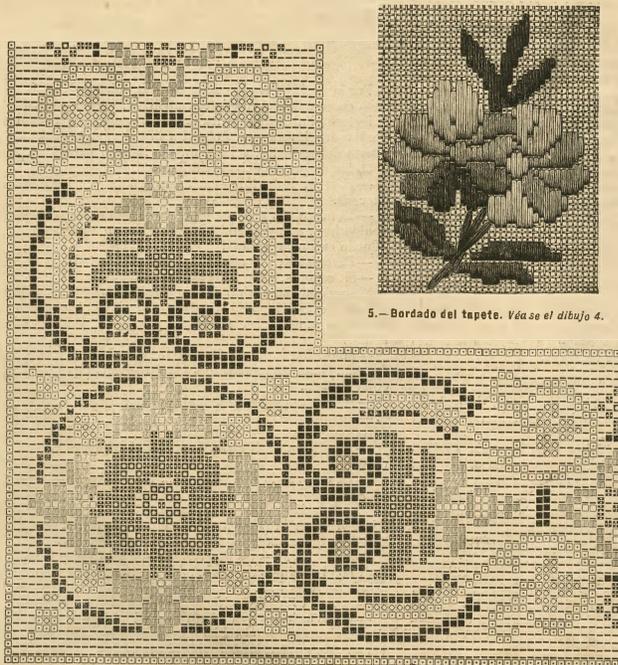
3 y 4.—Dos tapetes pequeños. Véanse los dibujos 5 y 6.



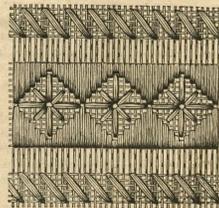
7.—Cobertor para coche de niños. Véanse los dibujos 8 y 9.



8.—Bordado del cobertor.
Véase el dibujo 7.



5.—Bordado del tapete. Véase el dibujo 4.



6.—Cenefa del tapete.
Véase el dibujo 3.



10.—Cuna.

9.—Cenefa del cobertor. Véase el dibujo 7.
Explicación de los signos: ■ masilla oscura; □ clara; ■ aceituna oscura; □ clara;
⊗ azul claro (seda); ⊗ color de rosa oscuro (seda); □ claro (seda); — fondo.

Peto de muselina de seda.—Núm. 54.

Se hace este peto de muselina de seda blanca y encaje blanco. Una cinta rodea el cuello y termina por delante en dos puntas.

Peto de surah y encaje.—Núm. 55.

Se lleva este peto con una chaqueta ó un vestido abierto.

Matinée Manon.—Núms. 56 y 57.

Es de bengalina azul Labrador, y va guarnecida de encaje blanco, pluma negra y cintas de raso negro. Espalda ancha fruncida en la cintura, y delanteros rectos abiertos sobre una camiseta de muselina blanca fruncida en el escote y sujeta en la cintura con un cinturón de cinta que se anuda por delante. La camiseta se añade al cuerpo de levita en las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Una pinza marca el lado de delante. Volante de encaje fruncido en el escote y pendiente en forma de canesú. Un encaje igual en la espalda. Manga bullonada de la misma tela, terminada en un volante de encaje, bullonado en el codo con dos brazaletes de plumas. Un ribete de plumas rodea el cuerpo de levita. Cuello alto de bengalina, cerrado con lazo de corbata.

Tela necesaria: 5 metros de bengalina.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

El baile de los Duques de Najera.—Una novedad.—Carro de flores.—El último martes de la señora de Calzado.—Recepción en la Embajada de Inglaterra.—Otras que no se realizan.—Las carreras de caballos.—El mes de los matrimonios.—TEATROS.—En el del PRÍNCIPE ALFONSO: *Carmen*.—La señorita Mata.—El tenor Bertrán.—Los baritonos Saramella y Astillero.—En el del REY: *El Día memorable*.—En el de la PRINCESA: *Tormento*.—En los dos Circos.—El gimnasta Calceido.—El cantante Visconti.—Los elefantes.

El acontecimiento de la quinceña ha sido el baile de los que hasta hace poco eran Marqueses de Sierra-Bullones, Condes de Santamarca, y hoy se titulan además Duques de Najera. Sin exageración puede decirse que la fiesta resultó brillante, magnífica, deliciosa.

«De las flores» la llamaban algunos por la abundancia, por la profusión de las que se veían en todas partes, produciendo sus perfumes una atmósfera embriagadora.

Veíanse grandes macizos de ellas en ambos lados del portal y de la escalera de mármol; después, penetrando en las estancias, hallábanse también en inmensos jarrones, ó formando graciosos dibujos sobre los muebles y chimeneas; ostentando su belleza y sus colores hasta en las lamparas y candelabros.

El aspecto, pues, del palacio era verdaderamente fantástico, y parecía realizar los prodigios de las *Mil y una noches*.

Lo demás correspondió plenamente á lo que llevamos dicho: en la *serre*, con arte iluminada, ejecutaba alegres melodías la orquesta de bandurrias y guitarras; mientras en el salón de baile armoniosa orquesta dejaba oír vales y rigodones, á que hacían honor numerosos y aristocráticos parejas.

Entre ellas tenía pnesto preferente S. A. R. la Infanta D.^a Isabel, quien desde el principio asistió al sarao, dirigiendo más tarde el cotillón, con el joven D. Tristán Alvarez de Toledo, hijo de los Duques de Bivona.

En este final produjo grande efecto la aparición de una pequeña carroza, enteramente revestida de rosas blancas, en la cual tomó asiento S. A., dando doble vuelta al salón, y arrojando flores á las otras parejas.

Casi es ocioso añadir que todo correspondió á la importancia y lujo del festejo: hubo desde el principio espléndido buffet, y luego succulenta cena; siendo el cotillón tan rico como caprichoso, pues en él se repartieron á las señoras preciosos sombreros—que algunas colocaron sobre sus cabezas—elegantísimos quitasoles, bomboneras de precio y otra multitud de objetos de igual mérito que valor.

A las siete de la mañana se retiraban los concurrentes, después de gustar placeres que no olvidarán sin duda nunca.

La época de las carreras de caballos es en los pueblos modernos la de más movimiento y animación en la alta sociedad.

Nadie ignora que el *Grand prix* sirve de pretexto en París para toda clase de diversiones; que en Londres sucede otro tanto; en fin, que en Viena, en Berlín y en Bruselas se solemniza con banquetes y reuniones de todo género.

Algo de esto se ha intentado imitar entre nosotros, pero hasta el día con escaso éxito.

Decíase que los Marqueses de Viana y la señora viuda de D. Javier Arcos imitarían á los Marqueses de Sierra-Bullones, celebrando bailes en sus respectivas moradas.

Por lo visto el rumor carecía de fundamento, y hasta ahora sólo sir Drummond, el nuevo embajador de la Gran Bretaña, es el que ha seguido el ejemplo de los Duques de Najera.

Pero el ilustre diplomático inglés acaba de llegar á Madrid, no conoce mucha gente todavía, y su fiesta, notable por su elegancia y sus detalles, no estuvo tan concurrida como era de esperar.

Lady Wolff, que es dama distinguidísima y amable, hizo los honores de su casa con exquisita amabilidad y galantería, y todos, según se dice en el estilo galo-español que ahora se usa, salieron encantados de las atenciones y de los obsequios recibidos.

Otro salón donde durante las últimas semanas se citaba los martes la juventud alegre y bulliciosa, el de la señora

del banquero Calzado, cerró sus puertas anoche, con motivo de marchar el sábado próximo á su *Villa* de San Sebastián la cariñosa dueña del hotel de la calle de Oriña.

Todos sus numerosos amigos acudieron á despedirse de ella y á manifestarle vivo sentimiento por su partida.

Como aquel personaje de cierta popular comedia que bailaba á de desesperación, los amigos de la señora de Calzado y de su marido—que hace ahora una de sus rápidas apariciones en la corte—bailaron *desesperadamente* hasta las dos de la madrugada, despidiéndose con pena del recinto donde han pasado tan felices horas.

Ya se ha dicho que el motivo de la prematura ausencia de los esposos Calzado es el matrimonio de su hijo D. Alvaro con la señorita de Brunet, el cual debe celebrarse durante Junio en la ciudad donostiarra.

Porque el mes próximo parece elegido por gran número de familias para las ceremonias nupciales.

El 16 se celebrará el enlace de la señora viuda de Pineda con el Sr. D. José Retortillo, primogénito de los Marqueses de este título.

El 29, fiesta del apóstol San Pedro, se unirán la señorita de Santos Suarez, hija de los Marqueses de Montecagudo, con el joven Conde de Catres; y casi al propio tiempo la señora viuda de Charro con el distinguido abogado D. Emilio Bravo y Moltó, hijo del senador del Reino y magistrado del Supremo de igual nombre.

Las bodas de la Marquesa de Romero de Tejada con el Marqués de Valtierra, y de la señorita de O'Neil con el Conde de Mejorada del Campo, tendrán efecto algo después: en los primeros días del otoño.

Háblase igualmente de la unión de otra bella viuda con cierto joven capitalista; pero es imposible revelar todavía los nombres de los futuros cónyuges.

Encuétrase en sus postrimerias la temporada de los teatros *cerrados*, así como se halla en sus comienzos la de los teatros *descubiertos*.

El Español anuncia sus últimas funciones para esta semana, despidiéndose la empresa con uno de los éxitos más legítimos y ruidosos del año cómico: el de *El Día memorable*.

Los autores de este arreo, Sres. Sales y Llana, han tomado las principales situaciones de su obra del drama de Sardou *Patrie*, tan famoso y popular en Francia.

Su trabajo, empero, debe haber sido improbo, porque han debido acomodar los sucesos de la obra del dramaturgo francés á un período glorioso de nuestra moderna historia: el de la lucha con los franceses en los comienzos del siglo actual.

Los Sres. Llana y Sales han estado felicísimos en su trabajo, logrando que el auditorio se interese vivamente por los personajes y por sus acciones, y que no decaiga un momento la atención.

Verdad es que la empresa del teatro y los actores han contribuido poderosamente al éxito; á la una por el lujo y la propiedad con que ha presentado el drama, por el mérito de las decoraciones y el lujo de los trajes; los otros por el esmero y la perfección con que han representado sus respectivos papeles.

Ricardo Calvo y Donato Jiménez son acreedores á mención honrosa y especial, distinguiéndose asimismo sus demás compañeros, y muy singularmente la señorita Calderín.

El antiguo Circo del Príncipe Alfonso continúa gloriosamente su campaña, que debe prolongarse todo lo que resta del mes actual, para lo cual abre un nuevo abono de ocho representaciones.

Dos artistas ya conocidos del público han venido á reforzar la compañía: la *mezzo soprano* señorita Mata y el tenor Bertrán, que el año último conquistaron honrosa fama en los varios *spartittos* en que se dejaron oír, y particularmente en *La bella fanciulla di Perth*.

La suerte no les ha sido ahora menos favorable; y la señorita Mata en *Carmen* ha conseguido legítimo y verdadero triunfo.

El *spartitto* de Bizet es sin duda el más igualmente cantado en la sala del paseo de Recoletos; pues si la señorita Mata presta su genuino carácter á la cigarrera sevillana, la señora Boy Gilbert es una Micaela interesante, el tenor Emiliani un D. José simpático, y el baritono Astillero un *torador* notable.

Coros y orquesta han contribuido con eficacia al resultado general.

Un nuevo tenor, el *signor* Angioletti, ha sido ajustado recientemente para cantar *Roberto il Diavolo* y *Gli Ugonotti*, y con estas dos óperas pondrá término á sus representaciones la Empresa en los últimos días de Mayo.

El coliseo de la Princesa cerró sus puertas, después de estrenar la comedia *Tormento*, del redactor literario de *El Imparcial* D. Federico Urrecha.

El auditorio se mostró benévolo con la segunda producción dramática del Sr. Urrecha, aplaudiendo sus principales escenas y llamándole á las tablas en varias ocasiones.

¡Lastima que el calor, que por fin ha llegado, impidiese que la hermosa sala de la calle del Marqués de la Ensenada continúe abierta, obligando á sus inquilinos, María Tubau y Ceferino Palencia, á trasladarse á Zaragoza y Barcelona, en busca de ese público que sólo frecuenta ahora los locales donde no suya y donde se siente fresco.

He ahí por qué las Circos de Parish y de Colón se ven tan concurridos generalmente, pero sobre todo las noches de *moda*, que son dos en la plaza del Rey—mañetas y viernes—y una en la plaza de Alonso Martínez, antes de Santa Bárbara: los jueves.

La compañía del primero es muy inferior á la del segundo; pues en aquella sólo existe de verdaderamente extraordinario el funámbulo Calceido, que ejecuta maravillas en el

alambre; mientras en el segundo reclaman especial mención los elefantes *flamínicos*, que tocan varios instrumentos de modo admirable, y el cantante Visconti, dotado de voz tan flexible que lo mismo luce su habilidad como soprano que como tenor, como barítono y como bajo.

Preséntase vestido de mujer, y por su aspecto y por sus maneras queda siempre la duda del sexo á que pertenece, siendo de justicia declarar que es lastima que el *signor* Visconti no haya utilizado mejor sus sorprendentes disposiciones naturales para la música, haciendo un estudio serio y formal del arte, en el que hubiera podido ocupar elevado y distinguido puesto.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Mayo de 1892.

LUZ DE REDENCIÓN.

Continuación.

Los pocos minutos volvió Bárbara, llevando una cartera de cuero negro, muy vieja, raída, y cuyos bolsillos estaban despegados.

—Tome usted, señorita Luz—dijo la anciana, entregando la cartera á la huérfana;—sólo hay aquí tarjetas de visita, papeles con cuentas y una carta muy amarillada....

—¿Puede leer esta carta?—preguntó Luz á su amiga Alicia.

—¿Quién lo duda? Tiene usted el derecho legítimo de indagar todas las noticias que pudieran contribuir al noble fin que se propone.

Luz sacó una tarjeta, y en ella leyó lo siguiente: «Dámaso de la Roca, doctor en Ciencias y académico.»

—¿Roberto decía la verdad!—exclamó Alicia.

—Más quisiera que mi tío fuese un mendigo—contestó Luz—y que me hubiera amado.

Sacó en seguida la carta, y desdoblándola con precaución, buscó la firma, que sólo tenía este nombre: *Eduardo*.

Comenzó á leer y se estronó de alegría.

—¿Es de mi padre!—dijo con voz conmovida.

La carta decía así:

«Mi querido tío: Llegaré pasado mañana, y espero con ansiedad que el corazón de usted me devolverá todo su cariño; ¡Por favor, por Dios le pido que consienta en ver á Ana! Sólo puedo ser feliz con ella, porque sólo á ella amo con amor inmenso y purísimo! ¿Por qué se obstina usted en que renuncie á este amor, que es mi vida? Yo quisiera obedecerle, pero no puedo casarme con la mujer que usted me propone, porque la haría desgraciada y yo también sería desgraciado; y además, el engaño repugna á mi corazón de hombre honrado.—;Oh, tío de mi alma! Si hasta aquí me ha considerado como hijo amantísimo, no quiera despedazar ahora mi corazón. Sea usted el padre querido de su—*Eduardo*».

Luz, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, besó con fervor la carta, y dijo con profunda emoción:

—¡Ya poseo un recuerdo de mi padre!; Dios ha guiado mis pasos hacia esta casa!

Y abrazó á la vieja Bárbara, quien la rogó después que le contase su vida de los diez y seis años transcurridos desde que la dejaron por vez primera en Florencia.

Pero tantas emociones quebrantaron fuertemente la naturaleza delicada de la huérfana, quien cayó desvanecida en un banco del jardín, murmurando:

—¡Gracias, Dios mío, por haberme protegido hasta ahora con vuestra infinita misericordia!

XXXVI.

Por la noche, después de la comida, mientras Alicia buscaba en su modesta biblioteca un libro, para reaniciar con la lectura el abatido espíritu de su amiga, llamó la atención de las dos jóvenes un golpecito discretamente dado en la puerta del aposento; y Luz, que se levantó para abrir, encontróse de pronto delante de Roberto.

—¿Usted, Roberto?—exclamaron á la vez las dos muchachas.

—El mismo.... ¿No me esperaban hasta mañana? Pues he venido hoy, aprovechando la salida de un tren especial....

¿Puedo entrar, señoritas?

—Pase usted, por Dios.... ¿Ha comido usted?

—Sí, señoras: en la fonda de la estación de Madrid.

Y arrojando su abrigo de viaje sobre una silla, acercóse á la chimenea, extendió las manos, sonrió al oír el canto de la *bouillotte* donde hervía el agua para el té, y dijo alegremente:

—¡Bah! Por lo menos llevo á tiempo de tomar una taza de té.... como complemento de la satisfacción que he tenido en la corte....

—¿Cómo es eso?—preguntó jovialmente Alicia.

—¡Juzgan ustedes: señorita Luz, traigo para usted una carta de los señores de Nestosa.

—¿Me llaman á Madrid?—preguntó la joven, ruborizándose.

—La carta se lo dirá á usted.... Yo no sé nada—contestó sonriendo.

Y en seguida, en vez de entregar la carta á Luz, empezó á hablar de su breve y aprovechado viaje, con el encanto y atractivo que siempre daba á su animada conversación.

—A propósito—dijo de pronto:—he asistido, por casualidad, en el gabinete de Luciano de Nestosa, á una visita para usted, señorita Luz.

—¿Una visita para mí?

—Sí, señorita; y por cierto que tal visita—añadió sonriendo alegremente—me ha hecho sospechar si habrá todavía en este mundo brutos y hechiceros.

Luz le miraba con asombro.

—¿Una visita para mí?—repitió la huérfana.—Cómo no fuera alguna de mis amigos de colegio....

—¡Bah! Esas amiguitas de usted no tienen nada que ver con un hombre feo, viejo y sucio, de rostro apergaminado y largos cabellos blancos, envuelto en un gabán raído y de color de ala de mosca....

—¿Qué quiere usted decir, caballero?—preguntó Luz con sequedad y también con algún anhelo.

—Que un hombre en carne y hueso.... más luego que carne, por cierto.... solicitó ver á la señorita Luz de La Roca, para darle gracias por un servicio que le había hecho una tarde en el paseo del Botánico....

—¡Ah! ¡Ya comprendo!—exclamó Luz sonriendo y dirigiendo á Roberto una mirada de gratitud.—Un pobre anciano que se cayó y á quien di apoyo en mi brazo hasta dejarle en su casa.... La verdad es que aquel hombre se manifestó tan poco agradecido, que por ningún concepto esperaba yo una visita suya para darme gracias....

—¡Oh! Pues expresó su reconocimiento en frases dulcitas, manifestando que la vida le importaba poco ó nada, pero que usted, señorita, le había inspirado simpatía, más que gratitud.... Sin embargo, mostró tanto disgusto al saber que no estaba usted en Madrid, que yo no pude menos de decirle que residía usted temporalmente en casa de unas amigas muy queridas, en Florpolis.

—¿En Florpolis?—preguntó con anhelo.

—Sí, señor, en Florpolis, en una vieja casa que llamaban hace años Casa del Loco....

—El hombre se echó á reír á carcajadas, como si le hubiese acometido súbitamente un acceso de locura, y se dirigió hacia la puerta del gabinete; Luciano entonces lo preguntó su nombre, para anunciarle á usted, y el pobre diablo contestó rudamente: «¿A nadie interesa mi nombre!.... Y además, esa señorita no me conoce por el nombre: dígame usted sencillamente que otra vez, antes de levantar del suelo á un anciano como yo, le pregunte si quiere permanecer en la vía pública para que le aplasten las ruedas de un carruaje....» Y partió en el acto, todavía riendo y sin decirnos su nombre.

Hablaban después algunos minutos, comentando el escptico del desconocido y el espantoso aislamiento en que vivía, y en seguida tomaron el té, que sirvió Alicia; y al sonar las diez en el reloj de la torre de la iglesia, levantóse Roberto, sacó de su cartera una carta y se la entregó á Luz, diciendo con voz llena de emoción:

—Esta carta trata de asuntos importantísimos.... y me atrevo á repetir á usted la recomendación que me ha hecho Luciano de Nestosa, al entregármela.

—¿Cuál es?

—Esta: «Luz, usted á Luz en mi nombre que reflexione mucho antes de contestar.»

Roberto se retiró á su domicilio, y Luz, después de abrazar á Alicia y á su madre, se dirigió también á su cuarto, rompió el sobre de la carta y se aproximó á una bujía.

¿Qué presentimientos palpitan en el corazón de la huérfana, cuando ésta empezó á leer aquella misiva?

Desde luego sospechaba Luz que la carta de Nestosa llevaba un cambio radical á su existencia; tal vez la proponía que continuase residiendo en Florpolis; tal vez se la ofrecía un nuevo matrimonio tan odioso como el que ella había despreciado....

La carta decía así: «Mi querida amiguita Luz: ¡Todos somos culpables de percha! Mi mujer, porque siempre está cansada y nerviosa; mi hija, porque dice que estudia mucho con su nueva institutriz; yo, porque soy un *flaneur* incorregible, que pasa el día sin saber qué hacer, como todas las gentes desocupadas, y sin poder hacer nada de provecho.

«No crea usted, sin embargo, que no pensábamos contestarle, porque precisamente mi mujer pensaba escribirle un día de estos, diciéndole que permaneciese en Florpolis todo el tiempo que fuere de su agrado; mas he aquí que sucesos imprevistos modifican este propósito, y espero que modificarán también los propósitos de usted: sí, querida mía, porque la visita del arquitecto Roberto no ha sido motivada por asuntos de la fábrica que dirige, y de la que yo soy el principal accionista, sino que ha sido exclusivamente para pedirle la mano de la señorita Luz de La Roca.

«Si el mal ha dicho á usted, yo se lo diré en esta carta por él: dice que la ama desde su llegada á Florpolis, y que, por la intimidad familiar y dignísima que existe en esa casa, la conoce, la aprecia, la estima como si la hubiera tratado en Madrid cuatro años; y yo quisiera, hija mía, que usted le amase también con igual cariño y le apreciase con la misma nobleza, porque la juro, por Dios y por mi honor, que ha conquistado usted el amor de un hidalgo, de un perfecto caballero, hombre honrado y de brillante porvenir.

«No veo, por lo tanto, lo que en esta ocasión pueda impedirle aceptar un matrimonio tan ventajoso: reflexione usted, y tenga presente que hombres como Roberto y ocasiones como la que hoy se la presenta, no se encuentran dos veces en la vida.

«La hablo con todo el cariño, con todo el interés que me inspiraría mi propia hija, y ya sabe usted que no sé mentir y soy justo; esperando, por lo mismo, una respuesta sincera y favorable, que llenará de gozo el corazón de su verdadero amigo.—Luciano de Nestosa.

A continuación añadía Clara algunas frases, invitando á Luz á olvidar por completo el amor que sintiera por alguno que jamás sería su marido», y á aceptar el ventajoso partido que la ofrecía el amor de Roberto.

La carta se cayó de las manos de Luz, quien temblaba como una flor á impulso del viento; la sorpresa, una alegría mal definida, una desconfianza involuntaria, el temor de que Roberto pensase en la dote que la había ofrecido Luciano, y que ella no quería admitir por ningún concepto, otros muchos sentimientos diversos se confundían en su espíritu y en su corazón, cansándole un sufrimiento doloroso.

¿Luego existía un hombre de talento y distinguido que la amaba, que se proponía asociarla á sus nobles planes, á los generosos proyectos que ocupaban su vida laboriosa? ¿Luego ella podría, guiada y sostenida por aquel hombre, ser útil en el mundo, y acaso tan feliz como hasta entonces había sido desgraciada?

¿Qué hermosas visiones de ventura cruzaban por su men-

te! ¿Cómo sabría ella hacer dichoso á aquel hombre, crear un hogar para él, sólo para él, que nunca le había tenido, en su orfandad y aislamiento?

«Pero ¿por qué abandonarse á tan dulces ilusiones de dicha? Sin duda que Roberto era noble y bueno, pero también era pobre, como ella; y ¿no habría inclinado la balanza en favor de su resolución, pidiendo su mano, el deseo de conseguir la dote que la ofrecían los señores de Nestosa?

«No, nunca aceptaría la dote! Si Clara ya no la amaba, por ningún concepto debía aceptar los favores de los Nestosa.... ¡Bastantes habían hecho con educarla y favorecerla por espacio de diez y seis años!

«Pero ¿no entorpecería esta resolución suya, tal vez fundada en la vanidad, acaso en la soberbia, el porvenir de un hombre laborioso y pobre que necesitaba, para llegar al fin que se proponía, algunas cantidades que no tenía?

«¿Y qué?—murmuraba Luz, después de un rato de meditación.—¿No puedo aceptar la dote! ¡Mi deber es rehusarla!

Todos estos pensamientos bullían en su mente, y la produjeron tanto cansancio, que Luz se reclinó en su lecho y apoyó la cabeza en las almohadas....

Había apagado la bujía, y la luna llena de claridad argentada al aposento, dando apariencia extraña y casi fantástica á los objetos; Luz, en su estado de sobrecitación, veía pasar ante ella las escenas extraordinarias de aquel día, y aun las del pasado, tales como Bárbara se las había referido por la mañana.

Veía á Lorenza-Bárbara, la criada de su inhumano tío D. Dámaso, inclinada hacia el grueso lecho donde reposaba una niña inocente, destinada á un asilo de beneficencia por el odio implacable de aquel sabio; veía también á éste, cuyo rostro enjuto reflejaba la dureza de su corazón; veía luego sus horas de la infancia, las persecuciones crueles de la mulata Pancha, la cariñosa ternura de la negra Charo, la paz dichosa que había tenido en el convento; veía luego la indiferencia de Clara, la impaciencia que manifestaba la señora de Nestosa por alejarla de su casa, aun al precio de un sacrificio de dinero, de una dote, para que no se apoderase del corazón de Julio, el futuro esposo de Juana....

Luego se ofrecía á su pensamiento la imagen de Roberto, como un refugio en su triste soledad, y la mordida en el corazón esta cruel dote:

—¿Me amará también si rechazo la dote que me han ofrecido los señores de Nestosa?

Al fin la dominó el cansancio, y sus ideas se hicieron más vagas, como si la luz espectral de la luna llevase la calma á su mente enardecida, y á su corazón agitado: sus pupilas se cerraron, y durmióse entre dulces y halagadores ensueños. ¿Qué ensueños! Veía á su madre, á quien nunca había conocido, tomarla de la mano amorosamente y conducirle á través de mares enardecidos, de caminos oscuros, de luminosas llanuras, y guiada por ella, por su imagen protectora y sonriente, llegar á Florpolis, entrar en la Casa del Loco, y oír estas palabras:

—«¡Oh, hija mía! Te traigo aquí, de donde has sido arrojada cruelmente, para que logres la ventura que, por bondad de Dios, tienes preparada.... Confía en la Providencia divina, y perdona de todo corazón al hombre desventurado que tanto ha hecho sufrir á tus padres y á tí.»

XXXVII.

Era ya de día cuando Alicia entró en el cuarto de Luz, y la abrazó cariñosamente; pero como observase la palidez de la huérfana, se transformó en persona inquietud la radiante alegría que expresaba en su rostro.

—¿Qué es eso, amiguita?—la dijo.—¿Ha dormido usted mal? ¿No tiene ningún motivo para estar contenta y ser feliz?

—¿Lo sabe usted todo?—contestó Luz con voz temblorosa.—¡Ah! Si yo pensase como vulgarmente se piensa, declaro que tendría motivos para estar contenta y ser feliz; pero.... diga usted, Alicia, ¿puedo estar segura de que en los proyectos de Roberto no ha tenido gran parte la idea de recibir la dote que se proponen otorgarme los señores de Nestosa?... Y como yo no debo aceptar esa dote, ¿cómo he de llevar la pobreza y la escasez al hogar de un hombre que vive de su trabajo?

Alicia la miró sorprendida, y la dijo lentamente:

—Roberto la ama á usted por usted misma, y no por la dote, sea lo que fuere, que la hayan ofrecido los señores de Nestosa.... El podía haber aspirado á lograr un matrimonio brillantísimo, por su talento y por su reputación sin tacha de hombre honrado y de porvenir; pero usted ha conquistado su corazón, y esto es lo que le ha impulsado á pedirle su amor y su mano.... A pesar de todo, ¿qué motivos de delicadeza existen para que usted no acepte la dote? Los señores de Nestosa están obligados á asegurar el porvenir de usted, porque la sacaron del asilo de Valencia para declararla hija adoptiva suya, y su honor, su probidad, sus sentimientos de hidalguía les obligan á cumplir la menor parte de sus promesas, concediéndole á usted esa dote que rechaza.... Son muy ricos, y solo tienen una hija. ¿Qué les importan algunos miles de pesetas, que pueden ayudar en su carrera á nuestro marido?

Luz, mirando á Alicia con ojos llenos de lágrimas, respondió:

—Si me amasen, la aceptarían; pero ¡ya no me aman, Alicia!.... No puede usted saber cuán grande es su indiferencia conmigo, y esta indiferencia me parece tanto más cruel cuanto que mis recuerdos de la infancia me traen á la memoria las caricias apasionadas y las tiernas palabras de Clara, cuando ella me amaba como á una hija.

Alicia la estrechó una mano, y la dijo casi al oído:

—He venido á decir á usted que Roberto está ahí, en el jardín, hace ya largo rato, esperando sin duda una respuesta de usted.... Vamos, querida mía, deséale usted cuanto antes, porque está impaciente....

Y como Luz se ruborizase, su amiga añadió sonriendo:

—Si cree usted amarle un poco.... es hombre que posee

en alto grado el sentimiento del honor y de la más exquisita delicadeza, y puede usted exponerle con toda franqueza ese caso de conciencia.... Bajará usted al jardín, ¿verdad?

—¡No, no!—contestó Luz, llorando.—¡Es imposible que yo acepte la dote! Dígamele usted por mí....

Alicia la tranquilizó, la consoló, y salió del aposento; pero entonces Luz se dirigió al cuarto de la madre de Alicia, para suplicar á la anciana que se encargase de mensajear tan pesoso....

El cuarto estaba solitario, y solamente los jilgueros cantaban en su dorada jaula.

—¿Dónde estará, Dios mío!—pensó Luz.

Y habiéndose asomado á la ventana para dirigir una mirada al jardín, sintió ruido de pasos detrás de ella, volvióse, y se halló en presencia de Roberto.

—¡Dios mío!—exclamó Luz.—Alicia le dirá....

—¡No, no!—contestó el arquitecto, acercándose á la huérfana.—Usted me dirá, usted, Luz.... He venido aquí autorizado por la madre de Alicia, y para decir á usted lo que mi amigo Luciano no ha podido escribirle: si la respuesta de usted es desfavorable, que me permita defender mi causa.

—Pues bien—contestó Luz, juntando las manos sobre el pecho;—ayer habría contestado resueltamente no, porque ignoraba cuál era mi familia; pero hoy existe otro obstáculo....

—¿Cuál? ¿que no me amará usted? Dígamele, y saldré inmediatamente de Florpolis....

Luz, dominada por la emoción de Roberto, contestó con voz desfallecida:

—¡Soy pobre!.... Y no acepto la dote de los señores de Nestosa....

Y aunque había amarga desolación en su hermoso semblante y en su acento, las facciones de Roberto, hasta entonces contraídas por la angustia, se dilataron de repente con expresión de alegría y esperanza.

—¿Pero no ha pensado usted, Luz—dijo el arquitecto con voz afectuosa—en que yo le de cuidar de la dignidad de la mujer que amo, tanto como de mi propia dignidad? ¿No ha pensado usted en que tampoco yo había de aceptar una dote que lastimase la delicadeza de mi esposa?

Luz le estrechó la mano, y sintió que una paz deliciosa, una dulzura benéfica la inundaba el corazón....

CONDESA DE CAMPOBLANCO.

Concluirá.

PIEDRAS PRECIOSAS.



DEBERÍIS saber la significación, las leyendas, las creencias, las supersticiones que se relacionan con las piedras preciosas, es decir, con el limpio diamante que fulgura en vuestra *riviera*, con la bella esmeralda, el suave topacio, la gentil amatista que adornan vuestros pendientes y sortijas, vuestros collares y lujosas preseas?

Empiezo por decir que, según el célebre Plinio, la primera sortija fué una cadena de hierro exornada con un pedazo de roca: Prometeo, que estaba encadenado en la más alta montaña del Cáucaso, construyó aquella enorme sortija, á manera de exvoto, cuando fué libertado de su cruel suplicio por la misericordia de Júpiter.

Pero dejando á un lado esas fábulas de la mitología griega y romana, es indudable, porque lo afirma la Sagrada Escritura, que la vara prodigiosa de Moisés y las tablas de la ley judaica eran de zafiro, piedra que en el idioma de los hebreos significa *la más bella*, y que simboliza la lealtad, la justicia, la hermosura y la nobleza.

Y claro es que Moisés, dando tal ejemplo á los israelitas, les autorizó el uso de las piedras preciosas, singularmente en magníficas sortijas, en pendientes, en broches, los cuales solían tener una hermosa esmeralda con emblemas y leyendas finamente grabados.

Los egipcios, los griegos, los romanos, todos los pueblos de la antigüedad clásica usaron también piedras preciosas, aunque preferían las perlas de los mares de Oriente.

Diamante.—Ha sido siempre, y es todavía, la más estimada de las piedras preciosas, y en el Antiguo Testamento se menciona muchas veces: el gran pontífice Aarón llevaba en el dedo anular de la mano derecha un diamante de virtud maravillosa, porque resplandecía con luces vivísimas cuando el pueblo israelita era obediente á los preceptos de la ley de Dios, y se presentaba opaco, á veces obscuro y ennegrecido, si aquel ingrato pueblo se entregaba á los delirios de la idolatría y á las liviandades del pecado.

También los profetas Zacarías y Ezequiel hacen cumplido elogio del diamante, y en tiempos más cercanos á los nuestros, en la Edad Media, los astrólogos consideraban á esa codiciada piedra como especial amuleto que preservaba de la peste y de los venenos, calmaba la cólera y aumentaba el amor conyugal, así es que la denominaban *piedra de la reconciliación*.

Simboliza la constancia, la fuerza y la inocencia.

Esmeralda.—Esta hermosísima piedra preciosa ha tenido la honra de ser mencionada por San Juan en el *Apocalipsis*; y una de inestimable precio adornaba el anillo de Polycrates, rey de Samos.

Escuchad la extraña leyenda de aquel regio anillo: Polycrates había sido halagado por la fortuna, durante su larga vida, con tanta constancia, que un día tuvo la singular idea de poner á prueba los favores de la veleidosa deidad, arrojando el anillo al mar; pero la fortuna, que suele huir de quien la busca, también suele favorecer á los necios, y sin duda por esto concedió un nuevo favor á aquel monarca: el anillo con la preciosa esmeralda fué encontrado al día siguiente en el estómago de un pescador que se sirvió en la Real mesa....

El historiador Suetonio, que refiere esta leyenda, afirma que la esmeralda fué llevada en triunfo al templo de la Con-



11.—Enagua de raso guarnecida de encaje.



14 y 15.—Cama portátil y chambra.
Explic. y pat., núm. V, figs. 28 á 34 de la Hoja-Suplemento.



12.—Delantal de surah y terciopelo para señoras.



13.—Camisón de batista para chaqueta abierta.

16 á 19.—Camisa para niños de 1 á 3 años, pantalón-pañal, babero y camisa para niños recién nacidos.
Explic. y pat., núm. XI, fig. 80, núm. XI, fig. 81 y núm. XVIII, figs. 78 y 79 de la Hoja-Suplemento.



25 y 26.—Vestido de fular con pliegue Watteau. Espalda y delantero.



30 á 32.—Babero, vestido largo y gorrita.
Explic. y pat., núm. VIII, fig. 40, y núm. XIV, figs. 62 á 66 de la Hoja-Suplemento.

27 y 28.—Funda de almohada y sábana para cama de niños.
Explicación en el suplemento Hoja-Suplemento.

36.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Delantero.
VEÁSE EL DIBUJO 37.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 44 á 52 de la Hoja-Suplemento.

34 y 35.—Vestido largo de surah con blusa.
Explic. y pat., núm. XVI, figs. 70 á 74 de la Hoja-Suplemento.

38.—Chaquetilla para niños pequeños.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 24 á 27 de la Hoja-Suplemento.

39.—Chaquetilla para niñas.
Explic. y pat., núm. XV, figs. 67 á 69 de la Hoja-Suplemento.



27 y 28.—Funda de afilada y sábana para cama de niños.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

34 y 35.—Vestido largo de encaje con blusa.
Explic. y pat., núm. XVI, figs. 70 y 71 de la Hoja-Suplemento.

39.—Chaquetilla para niñas.
Explic. y pat., núm. XV, figs. 67 a 69 de la Hoja-Suplemento.

40.—Vestido de encaje para niños de 1 a 2 años.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 35 a 37 de la Hoja-Suplemento.

29.—Capa larga de cachemir.
Explic. y pat., núm. III, figs. 21 a 23 de la Hoja-Suplemento.

33.—Traje de nodriza.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

41 y 42.—Abrigo largo y sombrero para niñas.
Explic. y pat., núm. II, figs. 74 a 80 de la Hoja-Suplemento.



50 y 21.—Enagua larga de percal.
Explic. y pat., núm. XVII, figs. 75 a 77 de la Hoja-Suplemento.

22 y 23.—Bahero y enagua larga de franela.
Explic. y pat., núm. IX, fig. 47 y núm. X, fig. 42 de la Hoja-Suplemento.



37.—Espalda del vestido para niñas de 7 a 9 años.
Véase el dibujo 36.



24.—Delantal para servir el té.



45.—Espalda del corpiño de corsón de la China ó fular.
Véase el dibujo 40.



43 y 44.—Vestido de bengalina y surah. Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. I, figs. 7 a 13 de la Hoja-Suplemento.



cordia, en Roma, y depositada luego en el tesoro de los emperadores; mas de allí la robó Nerón para mirar á través de ella, como si fuese una lente, los ojos de los gladiadores circenses....

La esmeralda, que en tiempos antiguos tenia la facultad, según los astrólogos (¡lástima que ya no la tenga!), de curar la epilepsia, es emblema de la caridad, de la esperanza y de la abundancia.

Topacio.—Era un topacio la piedra del célebre anillo de Gíges? Es probable, porque Filostrato cuenta maravillas del topacio, llamándole atributo del sol y del fuego, y también *ánulo del oro*, por tener el privilegio de atraer al precioso metal, ni más ni menos que la piedra imán atrae al hierro, y de descubrir los filones auríferos y los tesoros escondidos en las entrañas de la tierra.

El topacio es simbolo de las virtudes cristianas fe, justicia, templanza, humildad y clemencia.

Rubi.—Esta hermosa piedra es tanto más apreciada cuanto menor sea el reflejo azulado que suele oscurecer su brillante color rojo; y por tal motivo fueron muy elegidos los históricos rubies de Isabel de Austria, esposa de Carlos IX de Francia, especialmente uno de ellos, del *tasajo de un huero de gallina*, tasado entonces en 60.000 ducados de oro, y que heredó á la muerte de Isabel, su hermano el emperador Rodolfo II de Austria.

Los antiguos atribuían á esta piedra muchas virtudes: desvanecía la tristeza, disipaba los malos pensamientos, reprimía los movimientos de la hujuria, y anunciaba, con sus opacos y súbitos cambiantes, una calamidad ó la presencia de un falso amigo....

Simboliza la crueldad, la cólera, y también la audacia y la valentía.

Amatista.—Piedra querida de las patrias romanas, la amatista, nombre griego que significa *Sin embriaguez*, tenia la virtud principal de disipar los vapores del vino y despejar el cerebro, y atraía sobre su poseedor la privanza de los príncipes.

Por eso era la piedra preciosa que preferían los cortesanos y palaciegos.

Opalo.—Hoy decimos su esplendor, decretada piedra nefasta por los mismos que se burlan de las supersticiones de la antigüedad, el ópalo tiene tan alto rango entre las joyas de los romanos, que el senador Nonio, famoso en la Historia, hizo renuncia de su cargo senatorial y emigró á Persia, por no ceder á las exigencias de Marco Antonio, que le pedía un magnífico ópalo, tasado en veinte mil sextercios (más de millón y medio de pesetas) para regalárselo á su amada Cleopatra, la liviana reina de Egipto.

Hoy, repito, es considerada como piedra nefasta, que lleva desgracias á quien la posee, y he aquí el origen de esta superstición, según le refiere el doctor Lignières: nuestra compatriota la emperatriz Eugenia, que conocía una vieja leyenda rusa contra el ópalo, manifestó un día, pocos antes de la tremenda caída de Sedán, vivo terror en las Tullerías, al presentarse á cumplimentarla una duquesa moscovita que adornaba su garganta con soberbio collar de ópalo y brillantes.

Desde entonces ha bajado mucho el precio de esta piedra, que tan alto estaba en otros siglos por ser talismán contra las afecciones del corazón y contra la tristeza.

Turquesa.—Amada de los orientales y amuleto benéfico en Persia y en Rusia, la turquesa, cuando está montada sobre toco anillo de hierro forjado, preserva de la desgracia y asegura la constancia en el cariño.

La valía de la turquesa depende del matiz, de las dimensiones y del grueso de la piedra, siendo muy estimada la variedad que se llama *Vieja roca*; es la myosotis de las piedras preciosas, emblema de la juventud y los sentimientos nobles y generosos; se rompió al morir su propietario, y cambia de color cuando está enfermo.

«Esta última afirmación (escribe Mr. Vallière) es de verdad innegable, y pueden certificarse los lapidarios, lo mismo para la turquesa que para el coral.»

La turquesa denominada *Crisolita* es preservativo de la locura; la que tiene el nombre de *Agua marina* lleva la esperanza al corazón del hombre desgraciado.

Carbunclo.—Una de las más raras y más preciosas piedras es el carbunclo, que á veces se confunde con el rubí, del cual, sin embargo, difiere notablemente por la intensidad de sus luces, producidas por un centelleo interior de oro brillante, mientras bajo la lámpara del rubí sólo se observan chispas azuladas ó amarillentas.

Etiopía era el mercado más famoso de carbunclos en el mundo antiguo, y los caldeos veneraban esta piedra como si fuese talismán poderoso; la mitología hizo de carbunclos los ojos de los dragones; el viajero español García Orta, médico de un rey de las Indias, cuenta que este monarca poseía carbunclos de un brillo tan prodigioso que parecían *carbones encendidos en medio de nieblas*; el italiano Luis Ventemini refiere que el Rey de Pegu tenía un carbunclo enorme y de luz tan esplendorosa que semejaba un astro rojo en obscuro cielo.

Las virtudes del carbunclo son: resistir al fuego, preservar de mal de ojos, disipar las pesadillas, fomentar las ilusiones gratas, servir de antídoto contra el aire viciado y pestilente.

Concluimos estos apuntes expresando que el sentimentalismo de épocas que ya pasaron analfi, al conocido lenguaje de las flores, el calendario de las piedras preciosas: en Enero se ofrecerá á las damas jacintos y granates; en Febrero, amatistas; en Marzo, sardónice; en Abril, zafiros; en Mayo, esmeraldas; en Junio, ágatas; en Julio, rubies y cornalinas; en Agosto, carbunclos; en Septiembre, crisolitas; en Octubre, aguamarina; en Noviembre, topacio; en Diciembre, turquesa.

Y por qué no figura en ese calendario el siempre codiciado diamante? La respuesta es muy sencilla: porque las damas quieren que se les regale diamantes en todos los meses del año, y mejor aún todos los días.

EMILIA DE SPOO.

EL HÉROE DE LA PANTOMIMA.



OR fin te casaste con tu prima, como tu tía deseaba?

—Sí, por cierto—contestó Pablo;—pero creed que todas las gestiones de la respetable señora habrían sido inútiles, á no intervenir en el asunto un caballo.

—¿Un caballo?....

—Como lo oía. Y para que no dudéis de mis palabras, os referiré el hecho con todos sus pormenores.

A principios del otoño tenia convidado á unos cuantos amigos para que me acompañaran á cazar en mis posesiones de Andalucía, y cuando empezaba mis preparativos recibí una carta del administrador participándome que uno de mis caballos había muerto y que otros cuatro se encontraban seriamente enfermos, por lo que tenia que pensar en reponer mi caballería.

Acudí á casa de un corredor, y pude comprar muy baratos seis caballos, sin más informes que los que me facilitó el marchante. «Con que me salgan buenos dos ó tres, dije para mí, doy por bien empleado mi dinero.» Entre dichos caballos había uno que compré por su buena estampa: se llamaba *Bruto*, y no podía precisarse su edad; pero estaba manchado de gris y negro de una manera verdaderamente admirable.

A los dos días bajaba yo del tren en la estación más próxima á mi casa, y en cuanto desembarcaron los caballos, mi primera mirada fué para *Bruto*, pues tenia verdadero deseo de conocer lo que era y valía. El animal tenia todos los caracteres de la ancianidad; pero su ancho pecho, su hermosa cola y su buena planta me llamaban la atención muchísimo, y especialmente su mirada, una mirada inteligente y curiosa con que seguía todos mis movimientos: hasta mis palabras parecían llamar su atención, pues volvía la cabeza hacia mí como para oírme, y aun parecía responder con relinchos de satisfacción.

En cuanto á los demás caballos, los miré distraídamente, pues ninguna particularidad ofrecían, y en cambio tenia grandes deseos de hacer una jornada en *Bruto*. Se dejó, pues, ensillar, monté en él y nos pusimos en marcha.

Bruto marchó al principio tranquilamente, con el cuello algo estrado y la cabeza pesada; pero en cuanto le hice sentir las riendas, adquirió rapidez y ligereza extraordinarias, mordiéndome ruidosamente el bocado, con paso cadencioso, alzando mucho las patas é hiriendo el suelo con perfecta regularidad.

Le hice tomar el trote y luego el galope, obediendo el caballo, pero siempre inclinado al suelo, y arrancándose los brazos cuando intentaba hacerle levantar la cabeza. Cuando quise aumentar su ligereza, el animal se descompuso, poniéndose á pastrotar con un gran estilo, trotando con toda la parte delantera y galopando con la trasera.

De repente, y á unos pocos pasos, un guarda disparó á un conejo cuando me hallaba en el centro de una plazoleta en que desembocaban varios caminos. Al escuchar el disparo, *Bruto* se plantó en sus cuatro patas, con las orejas tiesas y la cabeza elevada, cosa que me extrañó, pues le habia conceptuado como un caballo de ejército y acostumbrado al ruido de la pólvora. Apreté las riendas, y *Bruto* siguió inmóvil; le espoleé con energía, y como si no....; quise hacerle retroceder, marchar á la izquierda y á la derecha, y *Bruto* clavado en tierra. Pero á cada movimiento mio, volvía él la cabeza y me dirigía una mirada en que se leían positivamente la impaciencia y la sorpresa. Después volvía á convertirse en una estatua.

Indudablemente estábamos en desacuerdo el caballo y yo, y aquél me decía claramente en su mirada: «Yo, caballo, hago lo que debo; y tú, jineté, no lo haces.»

Y yo, entretanto, me decía preocupado: «¿Qué diantre de caballo he comprado, y por qué me mira así?»

Disponíame á recurrir á los medios extraordinarios, cuando sonó un segundo disparo, que le hizo dar un salto. Yo quise aprovechar la oportunidad para ponerle en marcha; pero de nuevo se detuvo, clavándose en tierra más resuelta y energicamente que antes. Entonces reentré colérico al látigo y golpeé al animal sin compasión, y éste, perdiendo también la paciencia, se defendió furiosamente con saltos de carnero, coces, saltos inverosímiles y piruetas fantásticas, sin dejar tampoco de mirarme con indignación. Mientras que yo pedía al caballo una obediencia que él me negaba, era evidente que él aguardaba de mí algo que yo no hacía....

Bruto comprendió al cabo que era preferible recurrir á la astucia, y después de un momento de descanso, se levantó derecho con la cabeza y las patas delanteras en el suelo, con la derecha y el perfecto equilibrio de un clown que anda sobre las manos.... Yo, en tanto, caía sobre la arena, que por fortuna era bastante en aquel sitio, intentaba levantarme y volvía á caer de cabeza, con grandes dolores en la pierna izquierda que me impedían moverme. Me conseguí incorporar con algún esfuerzo, y cuando me limpié los ojos de la arena que había recogido, noté que mi caballo gris levantaba una pata, y apoyándola con relativa suavidad en mi pecho, me obligaba á caer de nuevo en tierra.

Entonces se apoderó de mí un gran desaliento, esperando acaso la muerte, y sin dejar de preguntarme qué diablo de animal había comprado.

Sentí en esto un suave patoleo alrededor de mí y que algunos cuerpillos duros me daban en el rostro.... Abri los ojos y vi á *Bruto* que, con sus cuatro patas, increíble actividad y pasmosa destreza, trabajaba por sepultarme entre la arena.... De vez en cuando se paraba para contemplar su obra, relinchaba y volvía á proseguir su trabajo.... Duró esta operación tres ó cuatro minutos, después de los cuales, juzgándome sin duda bastante enterrado ya, se arrojó respetuosamente junto á mí.... Sin duda estaba orando, y yo no podia mirarle sin creciente asombro.

Terminada su oración, dió una corveta, se alejó algunos pasos y luego se detuvo.... En seguida dió unas veinte vueltas alrededor de la plazoleta, galopando correctamente y con gran igualdad, y trazando un círculo perfecto.... volvió á

pararse nuevamente, cual si consultara lo que debía hacer, y viendo mi sombrero que, en mi caída, se había separado á bastante distancia, lo levantó con los dientes y marchó á galope por una de las ais calles que desembocaban en la plazoleta.

Pocos momentos después habia desaparecido.

Yo sacudí la tierra que me cubría, y sin intentar siquiera levantarme, porque no podia contar con la pierna izquierda, me fui arrastrando como pude hasta un altillo próximo, donde me senté, con más ó menos trabajo, y empecé á gritar, aunque inútilmente, pues no se veía un alma por allí.

Al cabo de media hora senti ruido, y vi que *Bruto* llegaba por la misma calle que habia utilizado al ir, siempre galopando y envuelto en una nube de polvo; á poco distinguí detrás un cochecillo inglés, guiado por una mujer y con un lacayo en la trasera, y casi simultáneamente *Bruto* se paraba delante de mí, dejaba caer en tierra mi sombrero y relinchaba como diciendome: «¡He cumplido mi deber.» Pero mi atención no se hallaba fija en él, sino en el huda que acudía en mi auxilio y que saltó á tierra, dirigiéndose hacia mí.

—¡Elena!—exclamé al verla á mi lado.

—¡Pablo!—dijo ella al reconocermé. Porque habéis de saber que era ella, mi prima Elena, la que yo habia despreciado, á pesar de las recomendaciones y consejos de una tia de ambos, y cuyas posesiones lindaban con las mías.

—Pero ¿eres tú, primo? ¿Qué ha ocurrido?

Confesé lealmente mi caída é indiqué que no podia levantarme por tener lastimada una pierna.

—¿Y qué caballo te ha jugado esa mala partida?

—Pues éste.

Y señalé á *Bruto*, que pacíficamente comía algunos tallos.

—Pues bien ha reparado su diablura: lo te contaré más despacio, pues ahora hay que trasladarte á tu casa.

Entre ella y el lacayo me subieron al cochecillo, donde me acomodé lo mejor posible, con la pierna extendida; ella subió y se sentó á mi lado para guiar, y el lacayo recibió el encargo de montar en *Bruto*.

Me pidió que le detallase la aventura, y apenas le dije lo de los disparos, exclamó:

—¡Lo comprendo! ¡Has comprado el caballo del abandonado!

—¿Cómo!

—¿Pues no recuerdas la pantomima del Circo, del abandonado perseguido por los moros, á quienes éstos derrriban del caballo á tiros? Como tú no caías, el caballo, indignado, te ha hecho caer.... ¿Qué hizo luego?

Referi el trabajo del caballo para enterrarme.

—Nada.... ¡El caballo del abandonado! Entierra al oficial para que no le vean los moros, y marcha luego á galope en busca de auxilio. ¿No es así?

—Exactamente.

—Llévándose en la boca la bandera, para que no caiga en poder del enemigo.

—*Bruto* se ha llevado mi sombrero.... Ya recuerdo la pantomima.... ¡y se la ido en busca de la vivandera!

—Que en este caso he sido yo.... Me disponía á subir en el coche, cuando vi llegar al caballo.... Mis criados intentaron detenerle; pero él llegó hasta la escalinata y se arrojó.... Después me indicó clarísimamente que le siguiera, y subiendo en mi coche lo hice así, logrando encontrarte....

Al llegar mi prima á esta parte de su relato, sentimos un choque terrible y vimos por encima de nuestras cabezas la de *Bruto*.... El animal, queriendo sin duda darnos nueva muestra de su habilidad, habia puesto sus dos patas delanteras sobre el asiento del lacayo y seguía trotando con sólo las de detrás....

El susto de mi prima fué tal que, tirando las riendas, se abrazó á mí; y yo, sosteniéndola con un brazo, queriendo coger las bridas con el otro, con una pierna imposibilitada y sintiendo junto á mi pecho la hermosa cabeza de Elena, pude asegurarnos que mi situación no era muy envidiable.

.... Y he aquí cómo pudo más el caballo de la pantomima que los consejos de mi tia, para hacermé acabar la vida de soltero.

INOCENCIO.

¡YA NO LLUEVE!



NE agradable es contemplar la hermosura y grandeza del mar y del cielo, tendidos inmensamente sobre la fina arena de la playa! La verdad es que, durante mis estudios de segunda enseñanza, no habia prestado yo gran atención que ligamos al espectáculo de la Naturaleza; pero una vez terminados aquellos, pude hacer las reflexiones que preceden, tendido sol re la arena, en un envidiable descaído y una completa desprecupación infantil.

Un crujido de seda me hizo de pronto levantar los ojos, y pude ver á una muchacha rubia, que pasó rozando mis narices con su falda. Dos ojos de turquesa pálida, dos zapaticos lustrados marcando ligeras huellas en la arena, una chaquetilla casi de hombre sobre acentuadas formas de mujer, y una elevada estatura.... ¡Mi ideal! ¡La verdadera, la única joven de mis sueños de colegio!

Pasó por mi lado rápidamente y yo quedé absorto, sintiendo unos golpecitos en el lado izquierdo del pecho, como si con sus tacones me hubiera pisado el corazón. Habia vuelto la cabeza, y al verme tumbado en tierra y barrido por su falda, contuvo una sonrisa desdefiosa, y sus ojos me miraron de modo tal, que me hicieron avergonzarse. Allí terminaron mis perezas, mis camisas de franela y mis corlatas caídas.

La misma noche me bañé la cabeza en esencias; y limpio, reluciente, con mis cuatro pelos de bigote retorcidos con jabón, entré en el Casino, y cinco minutos después bailaba con mi ideal.

Valsando, descansando, abanicándose y charlando me

embruigaba lentamente; sus movimientos de cabeza, su contacto, acentuado unas veces y otras fugaz, su tallo flexible, todo en aquella criatura tan joven, tan ligera y tan encantadora, me exaltaba y me enloquecía. Tan pronto me arrastraba á lo más fuerte del baile, como se apretaba temerosa contra mí. Sus ojos especialmente me acariciaban. me castigaban, me entristecían ó me llenaban de gozo. En una palabra, estaba enamorado.

Después del primer vals, tocaron una polka y bailamos la polka; después un schottis, lanceros, cotillón..... todo.

Pero mi ideal tenía una madre, y aquella madre la colocó un abrigo sobre las alas y fué preciso separarnos. Con un signo de cabeza me indicó que las acompañase hasta la puerta, y obedecí como un doctrino. Un volcán de metáforas, á cual más entusiasta, ardía en mi pecho, pero no hizo irrupción: afortunadamente, quedé cortado. Y ella, con admirable sangre fría, en las mismas barbas de su madre, me dijo á media voz:

—Mañana, á las diez, pasará con mi madre por delante del Casino: puede usted acompañarnos.

II.

Lo habia dicho con la mirada fija en otra parte y articulando las palabras sin mover los labios, con tal arte, que su madre no sospechó nada, y yo mismo no supuse en un principio que se dirigiera á mí.

Mi emoción fué tan grande como mi felicidad. A la madrugada siguiente ya estaba yo de pie y retorciéndome el bigote.

Por fin, aparecieron las señoras, y el aspecto de mi ideal con su blanco vestido de seda me paralizó de nuevo la lengua, y observando mi cortadía, dijo ella á su madre:

—¿Pero, mamá, contesta al señor!

—¿Me ha saludado?

La joven miró candorosamente á su madre.

—¿Pues si es la tercera vez que te pide licencia para acompañarnos!

La señora lo permitió disculpándose.

—¿Vayamos delante de mamá!— me dijo en voz baja mi ideal.

Una vez solos y á su lado, me familiaricé. El volcán que rugía en mi interior se tradujo en frases intermitentes y apasionadas, que conmovieron á mi pareja del baile. Sin dula esperaba menos de mí, pues me interrumpió diciéndome con su candor habitual:

—¿Vayamos detrás de mamá!

—¿Por qué te detienes?— preguntó ésta.

—Se me ha perdido el pañuelo..... ve andando, que ya te sigo.

Y nos colocamos detrás. Yo hacia progresos que á mí mismo me admiraban. Desde luego no tuve el candor de buscar el pañuelo, y dejé brotar toda mi abrasadora retórica, logando en mi osadía hasta intentar abrazar á la joven; pero ésta, asustada, dijo, y ya con menor aplomo:

—Alcancemos á mamá.

En los días sucesivos se repitió la escena: tímido delante, muy osado detrás, y acabando siempre por alcanzar á mamá.

Aquella mamá era complaciente hasta un punto increíble. Después averigüé que era poetisa y novelista.

Al noveno día fué la última entrevista, pues yo debía volver á mis estudios en Madrid, y mi ideal marchaba al extranjero.

Aun me parece estar viendo aquella tarde tormentosa, con sus nubes amontonadas, la arena que el viento nos arrojaba al rostro, el viento asustado de las aves, las precauciones de los marineros..... En todas partes igual desolación que en nuestros corazones conternados. Caminábamos detrás de mamá, muy lejos y sin pensar en alcanzarla.

De pronto cayó un aguacero, y tuvimos que buscar un abrigo que nos proporcionó la caseta de un carabinero; allí nos juramos amor eterno, y queriendo ella ligar con el recuerdo del aguacero el de nuestro amor, me dijo:

—Si quieres, te escribiré que «sigue lloviendo», lo cual querrá decir: «te amo». Nadie lo entenderá y será una clave muy nueva.

Fué su última frase.

III.

¡Cuántas veces leí, lleno de profunda emoción, los billetes perfumados y color de rosa en que siempre se repetía «sigue lloviendo»! Los llevaba en el bolsillo más próximo á mi corazón, y los contestaba treinta veces, inundando mis contestaciones con mil frases de «sigue lloviendo».

Las cartas de mi ideal fueron teniendo intervalos de quince días y después de un mes; después no recibí ninguna.

Mi angustia duró cerca de un año, hasta que una noche, y en una fiesta, se me acercó un amigo que regresaba del extranjero.

—Tengo una comisión para tí..... de París.

—¿Y cuál es?

—Válsando con una joven pronunció, no sé cómo, tu nombre, y me dijo: ¿Le conoce usted? Pues en cuanto le vea dízale de mi parte que «ya no llueve»!

—¿Que «ya no llueve»? ¿Te ha dicho textualmente que no llueva ya?

—Textualmente.

Pasada la primera impresión, que fué ruda, insistí febrilmente:

—¿Cómo te dijo eso? ¿Estaba triste y pálida? ¿Lloraba?

—Tu lo contrario, reía. Era en su baile de boda con un rico comerciante de aceite.

—¿Ella..... mi ideal..... con un comerciante de aceite!

Y quedé anonadado.

Ha pasado mucho tiempo y no he vuelto á ver nunca á la infiel; pero aun guardo recuerdo de su atrevida coqueteo. ¿Ha continuado, ya esposa, sus audacias de muchachita?

¿Tiene aún adoradores, delante y detrás de su marido? ¿Le «alcanza» á tiempo como á mamá?

Y esta es la hora en que ignoro si me amó un poco; pero yo debo confesar, recordando lo pasado, que siempre llueve un poquito en el fondo de mi corazón.

Perdónese esta debilidad, siquiera por haber sido la joven de la playa mi primer amor.

S. J.

EL AMULETO.

El gran novelista X..., tan conocido por sus éxitos en librería como apreciado por su bondad, es uno de los literatos á quienes con mayor preferencia acuden, en busca de consejo ó de protección, los escritores jóvenes y desconocidos. Cierto que no son muchos los que recuerdan haber acudido á él en días de desaliento, para contarle sus amarguras y su desesperación, las negativas de los editores y de los directores de periódicos y revistas, sus largas anteladas..... como tampoco quiere recordar el maestro las horas que ha perdido con la lectura de la comedia ó de la novela en que á veces no había más que la equivocación enorme de un cerebro extravagante.

Los que quisó hacer que desistieran de sus empeños literarios, le persiguen con su envidia y su odio; los que por él fueron alentados y protegidos, logrando salir de su obscuridad, no le injurian públicamente, y se contentan con decir:

—¿X...? Sí, no escribe mal..... literatura casera.....

El gran novelista conoce estas debilidades de sus colegas y se las perdona. Los honores y la fortuna han llovido sobre él sin ensoberbecerle ni cegarle, y satisfecho cuanto puede estarlo un hombre, declara modestamente que todo se lo debe á la suerte.

—Si, amigos míos, la suerte—decía recientemente, de sobremesa, á cuatro ó cinco amigos que habian comido con él;—pero no creáis que la tuve desde luego, aunque los recuerdos amargos están ya muy lejos.

Y X... sonreía, aunque no sin cierta emoción.

—¿No es cierto, Emilia?

Emilia, la esposa del novelista, era una mujer de cincuenta años, hermosa aún, á pesar de sus blancos cabellos; al escuchar á su esposo, levantó los ojos, expresando en su mirada la adoración que, á pesar de los años, conservaba hacia el gran hombre.

—Mejor que yo puedes decirlo tú, ya que estamos entre personas amigas.

X... se había levantado para sacar de un mueble japonés un cofrecillo de plata cincelada, que ninguno de los convidados, á pesar de su amistad con el novelista, conocía.

—¿A que no adivináis lo que hay aquí?

—Un retrato..... una joya.....

—Los argumentos de tus novelas.

—¿Vaya, no lo acertáis..... Pues sencillamente un billete de Banco de cincuenta pesetas.

—Comprendido.....—exclamó uno á quien no se resistió claraada al jeroglífico de los periódicos.—El importe de tu primer artículo.

—¿Pues no pagáis poco!..... En mis tiempos, el artículo de presentación no se pagaba jamás..... Nuestro amuleto, porque es un verdadero amuleto, tiene su historia.

X... había sacado del cofrecillo un billete ajado y amarillento, y lo enseñó á sus amigos diciendo:

—Hace treinta años que lo poseemos: pero sólo diez que está alojado donde le veis. Mi esposa con sus economías le ha comprado ese cofre para obsequiarme un día de mi santo. Entonces ya éramos ricos.

—Treinta años! Pocos meses antes me había casado con Emilia, y bien puedo decirlo, por amor: habitábamos una modesta casita, y vivíamos con seis mil reales anuales, como escribiente de un Ministerio, pues algún trabajo literario, ya publicado por mí, lo había sido gratis. Poco eran, entonces como ahora, veinticinco dros mensuales; lo estrictamente indispensable para comer.

Por la mañana, de seis á nueve, trabajaba en «mi novela», la obra maestra con que soñamos todos al comenzar la vida literaria, y que generalmente no vale mucho; después me iba al Ministerio; por la noche corregía el trabajo de la mañana, para que Emilia pudiera copiarlo ya. A ésta le parecía una novela soberbia, y yo—añadió sonriendo—no estaba muy distante de pensar que tenía razón mi mujer. De vez en cuando enviaba también articulos literarios á un periódico político de importancia, y que hacía ruda oposición al Gobierno; pero á la sazón era yo bastante joven y desconocido para que pensaran en retribuir mi trabajo.

Un día, al llegar al Ministerio, el jefe de la sección me hizo llamar, anunciándome que la administración había sido advertida de mi colaboración en un periódico enemigo del Gobierno y de las instituciones, y que, en vista de ello, cesaba en mi cargo. Aterrado con la infame nueva, corrí á mi casa para confiar la desgracia á mi esposa, y ésta me prestó valor, diciéndome que buscaría labores de aguja para casa, que lo que me ocurría podía ser excelente sintoma, y que era preciso terminar cuanto antes la novela.

Quel día después, mi trabajo estaba terminado y entregado á un editor, que tenía fama de valiente, y que me prometió leerlo y comunicarme su resolución antes de un mes.

Tres semanas pasaron, en las que empecé otra novela; pero nuestros fondos disminuían de un modo aterrador..... Llegamos á cambiar nuestra última moneda de cinco pesetas, y á utilizar para calentarnos la hornilla en que Emilia preparaba la comida.

Nadie acudia á vernos, ni nosotros veíamos á nadie. Un sábado llamaron á la puerta.

—La respuesta del editor—dijo mi esposa saliendo á abrir.

Pero sí.....

Dos caballeros, correctamente vestidos, entraron, expli-

cándola que eran individuos de la Junta de socorros del distrito: mi mujer, turbada y para justificar su negativa á dar auxilios, les contó en breves frases nuestra situación.

Los dos caballeros se despidieron, deshaciéndose en excusas.

Al día siguiente, nueva llamada á la campanilla: el cartero con un pliego certificado. Firmo el recibo, se marcha aquel funcionario, abrimos el sobre, y encontramos dentro de una cuartilla de papel blanco, un billete de doscientos reales.

No trataré de pintaros la confusión que se apoderó de Emilia y de mí.

Nos daban una limosna..... una limosna anónima..... Indudablemente procedía de los caballeros de la vispera. Queríamos devolverla desde luego, pero esto era también difícil, y cuando buscábamos otra combinación, entró el portero con una carta.

La respuesta del editor..... ¡y respuesta favorable! Admitía mi novela, y con una delicadeza poco usual, me advertía que podía cobrar, si gustaba, algún anticipo. Fuí á la caja inmediatamente, tomé cuarenta duros, y en el mismo día remitidos á la Junta de socorros del distrito un billete de diez á título de restitución, y cinco pesetas más como ofrenda personal. Es cuanto, por entonces, nos permitían nuestros recursos. En cuanto al billete recibido, por una especie de superstición lo guardamos, pues Emilia lo conceptuaba como un amuleto y.....

—Y la verdad es que desde entonces—añadió la esposa—hemos sido muy felices.

LUCAS DíEZ.

PERFUME.

Llega la hora en que la luz despliega
Sus ricas alas de cien mil colores;
Léjanse de murmullos y rumores
El altopano y la anclurosa vega.

Abren su cáliz las dormidas flores
Que de aljófar sutil el alba riegan;
El bosque alegran, donde el viento juegan,
Con gárrulo cantar los ruiseñores.

En tal algarabía soñadora
De su lecho de paja con anhelo
Se levanta la cándida pastora

Y de rodillas sobre el duro suelo
Ante una estampa de la Virgen ora
Con tranquila oración que alegra al cielo.

FABRICIANO GONZÁLEZ.

GIJÓN, 1891.

EN EL ABANICO DE MI MADRE.

Volando de flor en flor,
Suspiro notas de amor;
Pero no dudes de mí,
Que aun conservo para tí
Mi pensamiento mejor.

Quele en tu abanico impreso,
Y así comprender podrás
El amor que te profeso:
¿Notas para los demás;
Para tu abanico, un beso!

¡Emblema de mi pasión,
Que, por sublime atracción,
Si á tu boca llega un día
Sabrá buscar, nadre mía,
Su nido en tu corazón!

JOSÉ JACKSON VRYAN.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirlas las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en carta anónima, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

A UNA MAMÁ JOVEN.—Los bordados y encajes ingleses muy calados se emplean mucho, sobre lanas ligeras, para trajes de niñas y niños pequeños.

Para las niñas de nueve á trece años hace muy bien la chaqueta abierta con vueltas de raso y camiseta-blusa de sarah, que puede variarse según el traje.

Puesto que el traje gris es liso, se puede combinar con sarah escocés, fulard estampado y encajes ó bordados.

Para la presente estación, todos los *bebés*, niños y niñas, llevarán calcetines: los de las niñas serán casi siempre del color del traje ó negros, y negros los de los niños. Los pantalones de las niñas son de una forma graciosa, abiertos en V por el lado exterior de la pierna, donde se atan con un lazo de cinta que cae sobre el Valenciennes ó bordado y entretelosos con que van guarnecidos.

En cuanto á los niños, el traje marino es el preferido. Si el niño está bastante alto, es preferible el pantalón largo al corto.

Se hacen estos trajes en paño azulado, y para el de diario en cuti y franela rayada.

Á ESPERANZA.—En el redondel en que se le ha caído el



46.—Corpiño de crepán de la China ó fular.
Delastero.
Véase el dibujo 45.

47.—Comiseta del vestido con chaqueta.
Véase el dibujo 49.



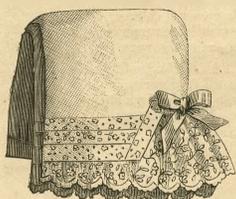
54.—Peto de muselina de seda.



56 y 57.—Matiné Manon.
Espalda y delantero.



55.—Peto de surah y encaje.



51.—Pantalón de batista.



52.—Sombrero para bebés.



53.—Sombrero para bebés.



48.—Vestido de lanilla de cuadros.

49.—Vestido con chaqueta y camiseta.
VÉASE EL DIBUJO 47.

50.—Vestido á estilo de Enrique II.

Explic. y pat., núm. XIII, Fgs. 63 á 61 de la Hoja-Suplemento.

cabello frótese, al tiempo de acostarse, con raspaduras de la parte blanca de una patata, y déjese puesta en él, toda la noche, una cataplasma de la misma raspadura. También es muy bueno frotarse con cebolla, aunque es desagradable por el olor.

El velito se lleva indistintamente blanco ó negro y con el moteado muy separado.

Por regla general, á las morenas les está mejor el velo negro.

No se usan las recodillas que dice.

Si; aun se llevan las cadenas cortas de reloj, prendidas con un broche en el cuello; por más que también se llevan mucho las cadenas largas.

A UNA ANDALUZA.—Lo mejor es que se sirva dirigir el pedido de esas pildoras á la casa que las anuncia y expende.

A D.^a TERESA R.—Para evitar que las moscas estropeen y manchen los marcos dorados, se cuecen en un poco de agua cinco ó seis puerros mondados, y este agua se extiende sobre los marcos con un pincel; sólo el olor aleja á las moscas.

Cuando los cubiertos ó la plata se ponen negros, por causa de las yemas de huevos, se frotan con hollín, se aclaran después, y quedarán limpios y brillantes.

A VARIAS SEÑORITAS.—Mis conocimientos no llegan hasta poder contestar á su primera pregunta, ni creo que haya nadie que pueda darle una contestación practica. Sin embargo, creo que el mejor procedimiento es *no hacer nada*; por lo menos, el más digno. He oído hablar de varias pastas depilatorias, pero no debe usarlas en las cejas, pues debe ser expuesto.

Tampoco puedo darle una contestación satisfactoria á su tercera pregunta, pues me parece difícil encontrar la plana á la Naturaleza.

A UNA MADRE CARIFOSA.—La labor á que se refiere debe hacerla en raso blanco, y los atributos (cáliz, hostia, racinos, etc.), en oro ó en plata. Lucirá más en oro, y también hará muy bien mezclar algunas piedrecitas que se venden en las tiendas de sedas, y que figuran amatistas, rubies, esmeraldas, etc....

Para los dos bordados que indica, es necesario una buena profesora, porque serían insuficientes las explicaciones que pudiéramos darle por carta.

He oído hablar bien de la pasta depilatoria de Dusser.

EN MI JARDÍN (GRANADA).—Con el clavel puede prepararse un agua de tocador exquisita y de muy delicioso perfume, en esta forma:

Pétalos de clavel..... 200 gramos.
Alcohol á 90 grados..... 1 litro.

Los pétalos se hallarán en infusión en el alcohol durante diez días, después de lo cual se filtra por papel, y se añaden 100 gramos de tintura de benjuí.

A D.^a E. T. DE P.—Aun cuando el traje sea de hábito, es indispensable que lleve un poco de cola, pues de lo contrario estaría ridículo.

Para su hechura debe elegir una forma sencilla, como, por ejemplo, la fig. 25 de nuestro número del 30 de Abril próximo pasado.

A UNA MAMÁ.—Los trajes de percal van también negados; las faldas, si son de batista ó muselina, se forran en seda ligera, de un color bonito para que se trasparente, y si son de percal, no se forran ni se ponen dos, sino únicamente un falso fuerte para que caiga bien.

En nuestro número del 6 de Abril próximo pasado hemos publicado el patrón de las faldas negadas.

Para las jovencitas que van de corto no se negan las faldas.

A D.^a ISABEL A.—Es bonito el figurín del corpiño que ha elegido. En cuanto á las dos telas, como su fondo es blanco, pueden combinarse, haciéndolo con discreción.

A UNA PRESEMIADA.—Los peinadores para levantarse á que se refiere, se hacen ahora de crespón de lana ó muselina de lana, con mangas grandes á la religiosa, y vueltas y solapas de seda; un corselete de seda flexible, drapada, parte de debajo del brazo, y viene sosteniendo el pecho á abrocharse delante. Estos peinadores, un poco largos, van completamente forrados de seda ligera, tafetán de Florencia ó Marcelina. Para la próxima estación se harán muchos de percal, con anecho volante de bordado blanco, y éstos van sin forrar.

Este verano se llevarán mucho las enaguas de batista de color, adornadas de encajes ó volantes de muselina, para economizar las de seda, que no pueden lavarse.

A UNA GADITANA.—No es elegante poner cubiertas en el respaldo de los asientos del carruaje, y por lo tanto no la aconsejo que las ponga.

A UNA SUSCRITORA Á «LA MODA ELEGANTE».—La forma de los trajes de percal es la misma que para los de lana, y únicamente se procura elegir la más sencilla.

Si; las faldas de dichos trajes van también negadas. Para el traje azul de la niña debe guisarse por la fig. 3.^a del bonito figurín iluminado que acompaña al presente número, y puede combinarse con encaje crudo transparente, en vez del bordado que indica el figurín.

Puesto que el sombrero es rosa, debe hacerle, en vez del traje blanco, uno rosa, igual que la fig. 5.^a del figurín iluminado de nuestro número del 30 de Abril.

Si no tiene ya comprado el gro negro, es preferible que elija una de las muchas telas de dibujo que se estilan y son más elegantes. Si prefiere tela lisa, puede hacerle de *sarrah* ó siciliana. Para su hechura, guíese por el grabado 33 de nuestro número del 6 de este mes.

A D.^a ANA P. DE A.—Para limpiar el mármol y la porcelana, se preparará un baño compuesto de una parte de ácido nítrico y cincuenta de agua. Si el objeto es poco voluminoso, bastará sumergirle en el baño y quedará limpio casi instantáneamente, debiéndose dar luego otro baño de agua clara. Por este método se ha restituido su valor á obras artísticas muy preciosas.

A D.^a ELOISA S.—Las manchas en la ropa de lana negra desaparecen frotándolas con otro pedazo de lana empapado en agua, en la que se haya echado una cucharada (de las de café) de álcali volátil ó amoníaco.

Debe limpiarse la dentadura, una vez cada quince ó veinte días, con un cepillo y crómor en polvo, y quedará perfectamente; y además, limpiársela á diario con un cepillo y agua templada, en la que se echan unas gotas de elixir.

A D.^a SORÍA T.—Es muy sencilla la receta para preparar el *espíritu de menta*: Esencia de menta superfiná, llamada inglesa, 10 gramos; alcohol rectificado á 90 grados, 90 gramos. Ocho á diez gotas por cada vaso de agua.

A D.^a M. R. DE T.—Para hacer incombustible el papel, ya sea impreso ó no, se debe sumergir en la solución siguiente, á 50 grados: Sulfato de amoníaco, 8 partes; ácido bórico, 3; bórax, 2, y agua, 100.

A UNA SUSCRITORA DE LA 1.^a EDICIÓN.—Lo más propio para el vestido de ángel es tul y raso blanco, y en cuanto á su hechura debe fijarse en algún cuadro ó estampa que le agrade, y guíarse por ella, pues ante todo debe procurarse la propiedad.

A J. M. M. M.—Si; las faldas de percal y batista van también negadas, y en nuestro número del 6 de Abril próximo pasado hemos publicado el patrón de las faldas negadas.

Si el luto es de padres, las niñas de tres años llevan ya traje negro, que puede hacerse de crespón de lana con lunares ó rayas, porque en telas de esa clase hay géneros muy bonitos y á propósito para niñas de aquella edad.

A ROSARIO C.—Supongo que las rosquillas á que se refiere son las que se hacen así: Se baten doce yemas de huevo con media libra de azúcar y un poco de anís en grano, añadiendo algo de harina de flor para que tomen consistencia; se amasa, se deja reposar un rato, y cuando la masa está correosa, se forman las rosquillas y se cuecen; después se hace un batido de claras y una cucharada de azúcar por cada una, y se bañan con él las rosquillas ó bizcochos, formando con este batido caprichosas labores; se secan después en la boca del horno.

A D.^a A. P.—Deben enviar unas tarjetas de visita, sin nada escrito, á los recién casados y á los padres de ambos.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DE LOS FIGURINES ILUMINADOS.

Núm. 19.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras á la 1.^a y 2.^a edición.

TRAJES DE VERANO.



(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. «Toilette» de seda de la India, verde agua, con ramos negros y amarillos, adornada de terciopelos negros.—Falda forrada de seda ligera, adornada al borde con un bullonado de *sarrah* verde agua, liso, sujeto en su borde con seis terciopelos negros y por encima con cuatro; en la cintura queda la falda completamente lisa, sin pliegues, y adornada con cuatro hileras de terciopelo en forma de cinturón; el cuerpo se compone de una especie de blusa de *sarrah* verde liso, fruncida en el cuello, y éste recto, con terciopelos. Esta blusa va sujeta con una torera bordeada con siete terciopelos, la cual forma por detrás un corselete en pico, igualmente bordeado de terciopelos como lo indica el figurín.

Mangas flojas con puños de *sarrah* liso, y terciopelos.—Capota de azabache, adornada de plumas negras y amarillas, y bridas de raso amarillo.

2. Traje de *fulard* blanco perla, con rayas rosa, para señoritas de 16 á 17 años.—Este lindo traje se puede hacer también en lana ó batista. Falda lisa, forrada y guarnecida al borde con una *ruche* de la misma tela, y el corselete bordeado de terciopelo negro. La parte superior del cuerpo es de rayas, con cuello de terciopelo, y el centro, de *sarrah* rosa, fruncido en forma de camiseta escotada. La manga forma, en la parte superior, un bullón de *sarrah* sujeto con dos terciopelos, y el resto de la misma es de *fulard*.—Sombrero de paja negra con fondo bullonado de *sarrah* rosa, y con adornos de plumas negras.

3. Traje de tela bordada y *crespón* gris, para niñas de 8 á 10 años.—La falda y el delantero del cuerpo son de bordado, y el traje va abierto sobre el mismo bordado, formando los delanteros dos almenas, los costados dos carteras, y la espalda, como el delantero, otras dos almenas que se unen bajo un lazo que figura el cinturón. Todo el traje va ribetado con bias doble de seda gris, y adornado con botones de plata vieja, en la forma que indica el figurín. Manga de coelo.—Sombrero *canotier* de paja de arroz, adornado con un gracioso lazo de cinta de raso gris.

Núm. 19, extraordinario.

Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.^a edición de lujo.

Traje para *carreteras* de caballos.—Este traje se hace de seda escocesa y terciopelo negro, y va adornado con guipur de Irlanda. La espalda figura un cuerpo plano de seda escocesa, dispuesta al sesgo y sin lazos; la parte superior va escotada en punta de fichú sobre una canesú de guipur forrado de seda del mismo color de uno de los cuadros de la tela escocesa. Cola Princeesa, de terciopelo recortada en el alto, de modo que forme un corseillo subiendo en punta hasta el escote. Delantero de vestido de seda escocesa puesta al sesgo y cortada en forma de falda-funda. El corpiño se compone por delante de un chaleco-canés de guipur, forrado de seda lisa, que cubre los hombros y baja hasta la cintura; los delanteros de tela escocesa, van estirados al sesgo, ajustados con varios fruncidos y adornados en el alto con un volantito puesto como cabeza. Cinturón formado con el corseillo de terciopelo. La falda va montada en la parte inferior del cuerpo, el cual se abrocha en el hombro y por debajo del brazo. Manga ajustada de guipur, con segunda manga corta y muy bullonada de terciopelo.—Capotita de encaje, adornada con torzales de raso y con un ramo montado en forma de penacho.

Los Salicilatos de bismuto y cerio, de Vivas Pérez, fueron recomendados por la Academia de Medicina de Granada y adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, por curar como ninguna otra medicación toda clase de vómitos y diarreas.

INFORMACIONES PARISIENSES.

Muchos años hace ya que la reputación de la CASA RAY es un hecho indiscutible, y su éxito va siempre en aumento, porque á todas las partes del mundo se envían diariamente muchas cajas de *Velutina* y de *sachets*.

Estos *sachets*, preparados con *Velutina*, son verdaderamente maravillosos: poniendo en un armario dos ó tres, se perfuma todo lo que allí esté guardado; así es que si las señoras quieren llevar consigo un aroma dulce, discreto y á la vez exquisito, deben ponerse uno de dichos *sachets* en el forro interior del corpiño de su vestido, mejor que hacer uso de extractos y esencias, las cuales se evaporan al contacto del aire.

Además, en ciertas épocas del año, en que la *toilette* reclama doble cuidado, si se quiere evitar las molestias que sobrevienen casi siempre en los cambios de estación, y que se manifiestan en el rostro en forma de granitos, sarpuñido, etc., la *Velutina Ray* (9, rue de la Paix, en París) es el mejor remedio que se puede oponer á esas irritaciones de la piel, por sus propiedades refrescantes y adherentes, de manera que la *Velutina* la imprime suave aterciopelado y la da una transparencia.

[DESCONFIAD.]

La casa Victor Vaissier, de París, ha hecho popular el nombre de *Jaobon*, aplicándole á un jabón de *toilette* incomparable, y deliciosamente perfumado. Este maravilloso jabón tiene por título el Jabón de los Principes del Congo, y lleva el nombre de su fabricante Victor Vaissier. ¡Ponerse en guardia contra las groseras falsificaciones inspiradas por immoderado deseo de lucro!

Exposición Universal de 1878: Medalla de oro. Cruz de la Legión de Honor. EL AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en París, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. También es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo.

VINO de BUGEAUD TONI-NUTRITIVO con QUINA y CACAO el mejor y más agradable de los tónicos en la Ajenia, todas las Afecciones debilitantes y las Convalecencias. Principales Farmacias.

EAU d'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador y para los baños. Houbigant, perfumista, París, 19, Faubourg St. Honoré.

ASMA, y CATARRO de la GARGANTA con el **CIGARRILLO ESPIC** (Caja 2 fr., por los 6 ó el polvo ESPIC)

Perfumería Niwna, V.^o LECONTE ET C.^o, 31, rue du Quatre Septembre (Véanse los anuncios.)

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

Decís, Señora, que os faltan muchas cosas para que volváis á ser

JOVEN Y BELLA

Pues pedidlas á la Perfumería Exótica, rue du 4 Septembre, 35, en París, y quedaréis satisfecha y encantada del resultado.

Su Brisa Exótica, en agua ó en crema, os hará volver á la hermosa edad de diez y seis primaveras y os defenderá contra las arrugas; su polvo de arroz Rio de Alberchigo dará á vuestro cutis una blanquera diáfana que evocará á las rosas desvanecidas de vuestro rostro; su Anti-Bollos extirpará los puntos negros que brotan en la nariz sin dejar la menor huella de ninguno; su Sorcilium espesará, alargará y dará nuevo color á vuestras cejas y pestañas; su Pasta de los Pielados destruirá los sabañones y las grietas, y os devolverá la mano lisa y morbida, con las venas suavemente azuladas que antes, en vuestra primera juventud, posestéis; y toda esta transformación se efectuará naturalmente, sin recurrir á ningún artificio.

El Catálogo de la Perfumería Exótica se remite gratis y franco de porte, á quien le pida.

Depósitos en Madrid: Ariasa, Alcalá, 23, principal; París, Arenal, 2; perfumería Urquiol, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

MATÍAS LÓPEZ MADRID - ESCORIAL. LOS CHOCOLATES, CAFÉS Y SIPAS CHOLONALES DE ESTA CASA son los mejores que se presentan en los mercados PREMIADOS CON 40 MEDALLAS.

Perfumería, 13, Rue d'Enghien, Paris. AGUA DIVINA llamada AGUA de SALUD. E. COUDRAY. Preconizada PARA EL TOCADOR. Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la FESTE y del COLERA MORBO.

«AJUSTA COMO UN GUANTE.» THOMSON'S GLOVE-FITTING. CORSE. Perfecto en la hechura, en los detalles y duración. Aprobado por todas las elegantes del mundo.

La Diaphane. POLVO de ARROZ. SARAH BERNHARDT. al Polvo exigente por excelencia. Adherente, invisible é higiénico.

ABSOLUTA PROTECCIÓN. DEPOSITADA. MARCA DE FABRICA. El Sobaco CANFIELD. Impermeable y Lavable.

NINON DE LENCLOS. Refase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años. Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la Historia amorosa de las Galias, de Bussy-Rabutin...

ARTICULOS PARA BORDAR. Labores en todos géneros para Salón, Sala, Oratorio, Comedor, Dormitorio, Despacho, etc., empesadas y sólo dibujadas, desde 1 peseta. Dibujos y modelos para bordar á Realce, Matiz, Malla, Encajes y Tapicería, Oro, Sedas, Lanas, Torzal, Algodones ingleses.

EL SAGRADO CORAZÓN CASA SALVI. 1, Clavel, 1, Madrid. Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

COMPIA LIEBIG. VERDRO EXTRACTO de CARNE LIEBIG. Las más altas distinciones en todas las grandes Exposiciones Internacionales desde 1857. FUERA DE CONCURSO DESDE 1885.

FORMAS DE DIOSA CON LAS Píldoras Orientales. las únicas que aseguran en 2 meses, y sin perjuicio de la salud, el desarrollo y la morbidez de las FORMAS DEL PECHO, EN LA MUJER.

EL VERDADERO TAPSIA debe llevar las firmas. Exijan estas Firmas para evitar accidentes. LE PERDRIEL & C^{ie}, PARIS.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA. Polvos adherentes é invisibles. Pate AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA. Este excelente Cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazonas, dándole un aterciopelado agradable.

VINO de CHASSAING BI-DIGESTIVO. Prescrito desde 25 años. Contra las AFECIONES de las Vías Digestivas. EL SOL DE INVIERNO DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

PIESSE & LUBIN. AROMAS DULCES. OPOPONAX LIXOTIS FRANGIPANNI PSIDIUM. Se vende en todas partes por los Perfumistas y Drogueros.

PUREZA DEL CUTIS LA LECHE ANTEFEELICA. pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Dentífricos de Rigaud y C^{ia} PERFUMISTAS EN PARIS. La generalidad de los polvos dentífricos fijan el esmalte de la dentadura y la sociedad elegante parisense no emplea hoy más que los dos productos siguientes:

OBRAS POÉTICAS DE D. JOSE VELARDE. DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO. ALCALÁ, 23. - MADRID. Obras poéticas.— Dos tomos. Teodomiro, ó la Cueva del Cristo.

CABELLOS largos y espesos, por acción del Extracto en pilar de los Benedictinos del Monte Majell, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, se hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración.

JULIA DE ZOGASTI. LAS DOS PALABRAS FABRICA DE CORSES. INVENTADO hace años el Corse-faja de Salud, que ha dado tan buenos resultados, pueden hoy ofrecer los de otros sistemas más modernos, para disminuir el volumen del cuerpo y tener más agilidad.

LA PATE EPILATOIRE DUSSEY. Privilegiado en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis, aun el más delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Ex. ostenciones de los rinos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios cuentan de altos personajes del cuerpo médico, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparación.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria. MADRID.—Establecimiento tipográfico e Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.